

H-A

Justo Zaragoza.

10478

DIARIO DE UN TESTIGO

DE LAS OPERACIONES

SOBRE LOS INSURRECTOS

DE

LA ISLA DE CUBA,

Llevadas

á

sabido por la columna á las órdenes del Excelentísimo Sr.
General Conde de Valmaseda.

POR

DON TEODORICO FEYJOO Y DE MENDOZA.



HABANA:

IMPRESA MILITAR DE LA V. E. HS. DE SOLER.
calle de la Muralla número 40.

1869.

ES PROPIEDAD.

EJERCITO DE LA ISLA DE CUBA.—*Comandancia general de las tropas en operaciones.*—E. M.—Enterado el Excmo. Sr. Comandante General, de la instancia que V. le ha elevado, solicitando permiso para imprimir y publicar el libro que V. ha escrito titulado *Diario de un testigo de las operaciones sobre los insurrectos de la Isla de Cuba*, atendiendo á la veracidad de cuanto en él expone y á la utilidad que puede ofrecer á los individuos del Ejército y al público en general, dándoles á conocer los hechos de los valientes soldados que han tenido la gloria de tomar á los insurrectos la Capital de su imaginaria República Cubana, se ha servido concederle el permiso que solicita, haciendo uso para ello de las facultades extraordinarias de que se halla revestido, debiendo remitir á este E. M. los ejemplares prevenidos. De orden de S. E. lo digo á V. en contestacion.—Dios guarde á V. muchos años.—Bayamo 31 de Enero de 1869.—El Teniente Coronel Jefe de E. M.—Valeriano Weyler.—A. D. Teodorico Feyjoo y de Mendoza, Alférez voluntario á las inmediatas órdenes de S. E.

Es copia del original que obra en poder del autor.

AL EXCMO. SR. DON BLAS DE VILLATE Y LA HERA, CONDE DE VALMASEDA,

CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, CONDECORADO CON LAS DE SAN FERNANDO DE PRIMERA Y TERCERA CLASE Y OTRAS POR MERITO DE GUERRA, CABALLERO OFICIAL DE LA LEGION DE HONOR, MARISCAL DE CAMPO DE LOS EJERCITOS NACIONALES, SEGUNDO CABO DE LA ISLA DE CUBA Y COMANDANTE GENERAL DE LAS TROPAS EN OPERACIONES DE LOS DEPARTAMENTOS ORIENTAL Y DE PUERTO PRINCIPE, ETC., ETC.

Excmo. Señor:

A la bñdadosa proteccion con que S. E. me ha honrado, debo no solo mi porvenir, sino la fortuna de haber hecho mi aprendizaje en el arte de la guerra al lado de tan excelente maestro.

Deseára, Sr., que mi pluma fuese el clarin que por doquiera hiciese resonar en el mundo entero sus ecos, cantando las hazañas, valor y penalidades que arrostrarán nuestros soldados con tanta abnegacion, siguiendo el noble ejemplo que les ofrecia su General: pero se detiene mil veces sobre el papel queriendo buscar una imágen, una idea, un pensamiento suficiente á esplicar escenas, que pueden presenciarse y sentirse, pero que no existe lenguaje capaz de describirlas.

El temor de que pudieran suponer que era mi ánimo prodigar incienso á la elevada persona de S. E. ó algun determinado Jefe, detuvo mil veces la corriente de ideas que se aglomeraban en mi imaginacion: y al publicar este sencillo relato, no es otro mi ánimo que hacer entrever á las personas amantes del órden, las ventajas de la paz y los horrores de la guerra, y ofrecer á V. E. este pequeño trabajo cuyas cuartillas han sido escritas muchas veces á la luz de la luna que alumbraba nuestro campamento: como íntima muestra de gratitud de su apasionado subordinado

Q. B. L. M. de V. E.

Teodorico Herjoo.

PROLOGO.

Hacía más de un año que distraída mi imaginacion por las atenciones de mi destino, no tomaba en mis manos la pluma para dedicar á mis compañeros de armas y á mis amigos algunas líneas. Desde que dejé de formar parte de la Redaccion de la antigua *Revista Militar*, no tuve un solo momento disponible, pero hoy, que como aficionado vine á ser testigo de hechos tan nobles y de acciones tan heróicas, que lejos de ser echados en la region del olvido, deben resonar por todas partes, no quiero callar por mas tiempo.

Había tomaço en mi curiosidad los primeros dias algunos apuntes de las operaciones que llevábamos á cabo: estos apuntes despertaron en mi el deseo de escribir un *Diario*, y sin tiempo casi para los minuciosos detalles que una obra de este género necesita, me lanzo á darlo á luz, en confianza de que todos los que lo lean, comprenderán que no es ni mucho ménos, una obra con pretensiones literarias, sino unos mal perjeñados renglones destinados á que no queden en silencio los hechos de armas de nuestros valientes soldados.

Como tales los ofrezco, y en la indulgencia de mis lectores confío, cuando encuentren incompleta alguna escena, ó falta de vida algun cuadro, escritos en su mayor parte sin más auxilio que el de mi memoria, y sin más comodidades, que la rodilla, algunas cuartillas de papel y un mal afilado lápiz.

DIARIO DE UN TESTIGO.

Quisiera, al empezar á escribir estas líneas, poseer la fecunda imaginacion de nuestro caro compatriota y eminente literato, D. Pedro Antonio de Alarcon, para dar á ustedes una idea exacta de todas las operaciones llevadas á cabo por la columna á las órdenes del Excmo. Sr. General Conde de Valmaseda; para poder pintar y describir con sus verdaderos colores, hechos de armas, y acciones de guerra de las que dejan renombre y fama al General que las manda y soldados que pelean, demostrando una vez más que no hay valor, sufrimiento ni peligro que no arrostre gustoso el soldado español, cuando pelea entusiasmado en defensa de los intereses de su pátria.

Hoy que la mayor parte de las penalidades han trascurrido ya, hoy repito, los admiro más que nunca, y los contemplo en mi imaginacion, abrumados bajo el peso de la mochila, jadeantes de sudor y de cansancio, atravesar los rios y pantanos, correr por entre los vírgenes y espesos bosques de este pais, arrojarse intrepidamente sobre el enemigo, á la bayoneta,

olvidarse de que existe pan, galleta, arroz y tocino por carecer de él, sin que de sus labios se exhale una sola queja, sin que su semblante demuestre pena, y lejos de eso, acordándose solo de que pelea por su patria y de que esta contempla sus hechos: que el mundo entero los juzga, y que la confianza que en él se tiene depositada, es la garantia de la integridad del territorio, que (como dijo el E. S. General Conde de Valmaseda en una orden general) *nuestros mayores descubrieron, poblaron y enriquecieron con el sudor de su frente.*

Yo no soy soldado, pero les aseguro á Vdes., que algunas veces quisiera serlo para participar de su gloria, por más que todos los que nos encontramos en la columna hayamos sufrido, iguales privaciones. Pero voy á reanudar mi relacion, y si bien será pálida y falta de colorido, supliré á esto su exactitud.

A la llegada de la Habana á Nuevitas del E. S. General Conde de Valmaseda, dispuso la salida para San Miguel, por el puertecito del Bagá, de los batallones de España que trajo

*

consigo de la Habana, y voluntarios movilizados de Matanzas que se hallaban en Nuevitas y se trasladó S. E. á aquel punto, despues de dejar convenientemente guarnecido y fortificado el puerto del Bagá. Llegado S. E. á S. Miguel organizó su columna, que componian las fuerzas siguientes: tres compañías del batallon Cazadores de San Quintin al mando del teniente coronel D. Juan Lopez del Campillo, batallon de España al del teniente coronel D. Inocencio de las Peñas y el de Voluntarios de Matanzas al del comandante D. Mariano Quesada. Una bateria de montaña al mando del capitán del arma D. Cayetano del Pozo, un escuadron de Caballeria al del comandante del regimiento Lanceros de la Reina D. Fernando Halliday, y una seccion de Tiradores de la propia arma al del alférez D. José Valiente. El coronel de España D. José Velasco, quedó como jefe de media brigada.

El cuartel General de S. E. lo componian los Sres. Jefes y oficiales siguientes: teniente coronel D. Valeriano Weyler, Jefe de E. M., teniente coronel D. Rafael Correa, comandante de Artilleria, teniente coronel de caballeria D. Luis Portero y Acosta y capitán de infanteria D. Arturo Carreras, ayudantes de campo; y como oficiales á sus inmediatas órdenes, el comandante D. Fernando C. Lecomte, secretario del Gobierno militar de la plaza de la Habana, comandante de reemplazo D. José Funstis Bustillos, capitán de reemplazo D. Ricardo de Guzman el Bueno y Padilla, capitán D. Cárlos Gonzalez Gascon tenientes

D. Manuel del Sar Caballero, D. Manuel Aragon y D. Antonio Guzman: alférez D. Santiago Diaz Ceballos; ayudante de campo del Capitan General, alférez voluntario D. Teodorico Feyjoo y de Mendoza secretario particular de S. E., el alférez tambien voluntario D. Fernando Weyler, y el médico mayor D. Alejandro Teyxedor. Para mayor claridad, y á fin de que puedan Vdes. apreciar mejor el tiempo empleado en las marchas, procuraré siempre que las recuerde ó mis apuntes tomados á la lijera me los faciliten, citar las fechas de todos los sucesos de que me ocupo.

Antes de la salida y con fecha 20 de Diciembre de 1868, dió S. E. la siguiente órden general á sus tropas:

22 DE DICIEMBRE.—A las nueve de la mañana salió de San Miguel toda la columna á las órdenes del General Conde de Valmaseda, despues de dejar este punto fortificado con una respetable guarnicion al mando del capitán del regimiento de la Reina D. Salvador Ayuso. Llevávamos por práctico y guia para los pueblos de Cascorro y Gaymaro, ocupados por los sublevados, al capitán del partido de aquel punto D. Manuel Gomez, que con su profundo conocimiento del terreno y su valor á toda prueba, se prestó gustoso á desempeñar este servicio, como lo habia verificado en otras ocasiones con la misma columna, y siempre con un acierto tal, que ha logrado con su tino captarse las simpatías de todos los jefes de los cuerpos y adquirir tal popularidad entre la tropa que todos deseaban les

ORDEN GENERAL

DEL 20 DE DICIEMBRE DE 1868, EN SAN MIGUEL DE NUEVITAS.

«SOLDADOS: vamos á emprender de nuevo las operaciones de esta campaña con mayores elementos que los que ántes teníamos; á vuestro lado van á pelear nuevos compañeros que vienen ansiosos de compartir vuestras fatigas y vuestras glorias: formad con ellos un cariñoso grupo de hermanos, y ayudaos en el ardor del combate: acordaos que todos somos hijos de España, y que peleamos por conservar el suelo que «descubrieron, poblaron y enriquecieron nuestros padres.» Ya sabeis que no he perdonado medio alguno para atraer á nuestros enemigos al cumplimiento de sus deberes (1); mis palabras oídas por muchos, han aminorado el número de nuestros contrarios, haced pues que los que no escucharon la voz de la razon se rindan á vuestras bayonetas, y con ello acrecentareis vuestro nombre y el cariño que os tiene vuestro General.—*El Conde de Valmaseda.*»

(1) Alude S. E. á las proclamas ó indultos que circuló y concedió á los rebeldes, las que fueron causa de hacer regresar á sus hogares más de 50 cabecillas, gente de órden, que comprendiendo su sin razon y la precaria situacion en que colocaban su país, depusieron las armas.

indicase los puntos de más peligro para arrojarse á ellos.

A poco de nuestra salida, sentimos algunos disparos enemigos, que fueron desde luego contestados por nuestras guerrillas: así continuamos la marcha pausadamante por el mal estado de los caminos y á causa de un convoy compuesto de cerca de cien acémilas y 18 carretas con dos yuntas de bueyes cada una, que llevábamos en la retaguardia, con víveres y municiones, el cual era necesario esperar y custodiar la fuerza destinada al efecto.

A las tres de la tarde volvimos á sentir algunos disparos enemigos en la vanguardia, hechos en el monte titulado el Desmayo, los cuales nos causaran un herido, pero muy pronto fueron apagados. A las cinco de la tarde llegamos al potrero nombrado la Viuda, en donde despues de establecer el campamento y avanzadas en los puntos más apropósito pasamos la noche.

Al día siguiente, 23 de Diciembre, emprendimos la marcha á las ocho de la mañana, pero el camino hacía tan dificultoso el paso á las carretas y aun de las acémilas, que S. E. dispuso hacer alto en el ingenio San Bartolo, de la propiedad de D. José Agustín Recio. Allí se alijó el peso de las carretas, pero aumentando el número de estas, y al siguiente día, 24 de Diciembre, día por más señas de Noche Buena, salimos de esta finca á las 7 de la mañana.

Aun no he tenido ocasion de hablar de la clase de guerra que hacen nuestros enemigos, y aquí, aunque

de paso, voy á tocar esta cuestion para que nuestros lectores puedan apreciar mejor el modo de combatirla.

Los enemigos atacan siempre emboscados en la espesura de los montes, en los barrancos y rios de mal paso, en las cortaduras y desfladeros, sin dar nunca la cara: su conocimiento, del terreno y senderos ó *trochas* que conducen á parajes retirados, les hace tener casi siempre segura la retirada, y esta es su ventaja, pero nosotros, hemos logrado que nuestros soldados penetren en el monte y desplegados á ambos flancos en guerrilla, de manera que las parejas puedan comunicarse fácilmente, llevando además la reserva, de manera que á la menor señal de enemigos pueden reforzar inmediatamente las guerrillas, abriéndose paso machete en mano por entre la espesura de los bosques, consiguen ver al enemigo, la mayor parte de las veces antes que este logre verlos á ellos, y la generalidad de las veces suelen cojerlos en sus propias redes. Además van dos piezas de artilleria á vanguardia, protegidas por dos compañías y al frente del camino, diez ó doce parejas de flaqueo, para el caso de ser atacados de frente poder contestar sus fuegos en el interin no avanza el resto de la fuerza que viene á vanguardia con este objeto: con este sistema de flaqueo cuya originalidad se debe al conocido y bien reputado jefe de E. M., D. Valeriano Weyler ⁽¹⁾ que secundando las disposiciones del E. S. Comandante General, va siempre á

(1) En una ilustrada memoria que presentó este Jefe al general Lersundi ya proponia este sistema.

vanguardia, preveyendo y disponiendo lo más acertado, todas las tentativas de nuestros enemigos serán infructuosas, y como verán nuestros lectores más adelante, ni las talas de los árboles, ni las trincheras y reducidos formadas con gruesos troncos de éstos, ni los fosos y parapetos, son obstáculos para el soldado, bien dirigido por jefes entendidos que saben sacar partido de sus excelentes cualidades, penetrado como está, que al hacer la guerra á los insurrectos, defiende los intereses de la madre patria y de sus hermanos de esta Isla.

Continuamos la marcha sin novedad en toda la llanura hasta el momento de entrar en el bosque titulado el Desmayo. Aquí nos esperaba el enemigo á juzgar por sus fuegos en número considerable. Las guerrillas del flanco de la derecha eran del regimiento de España al mando del capitán Campoamor, y las de la izquierda del batallón cazadores de Matanzas al del capitán D. Francisco Martínez. Comenzó el fuego por el flanco derecho donde el bosque era mas claro y la salida de él era una llanura (sabána,) y suponiendo el jefe de E. M. D. Valeriano Weyler, que esto no era más que una treta del enemigo para distraer la fuerza á aquel punto, dispuso que España continuase sosteniendo el fuego en esta ala, y que una compañía de San Quintín reforzase la guerrilla de voluntarios que flanqueaba el costado izquierdo; no se hizo esperar mucho tiempo el buen resultado de esta operación: á los diez minutos creyendo sin duda el enemigo encontraría dé-

bil el ala izquierda, comenzó un nutridísimo fuego sobre ella, y osó aproximarse tanto, que el esforzado capitán Martínez que habia pasado ya delante haciendo fuego avanzando, no logró la fortuna que Mendigurren con sus cazadores de S. Quintín que divisándolo, cargaron tan á tiempo á la bayoneta sobre ellos que lograron cogerles un cañon, dando muerte á los que lo defendian antes que tuviesen tiempo de dispararlo sobre el centro de la columna á donde estaba apuntado.

No crean Vdes. que al hablar de un cañon, era un Parrot ó un Astromg; era de madera dura de dos piezas con zunchos de hierro al rededor y todo el interior forrado de cobre: contenia 78 balas de plomo de á onza, y una cantidad de pólvora equivalente á la mitad de lo que usan nuestras piezas de montaña.

Decir á V. las ocurrencias que he escuchado á nuestros soldados satisfechos de su presa, será cosa de ocupar muchas cuartillas, pero el que conozca un poco el carácter del soldado español, podrá suponerlas. El fuego continuaba no obstante en la estrema vanguardia, y empezaba á hacerse notar por las balas que cruzaban en el centro de la columna y en la retaguardia pero infructuosamente, pues el sistema de flanco establecido no se circunscribía solo á la vanguardia pues el centro y la retaguardia llevan tambien desplegadas sus guerrillas á ambos flancos por el interior del bosque, y estas responden y apagan inmediatamente los fuegos enemigos. Continuó el fuego avanzando por es-

pacio de una hora, tiempo que trascurrió para cruzar la media legua de bosque que faltaba, y en dos cargas sucesivas á la bayoneta que dieron los voluntarios y los flanqueadores de España, tomaron al enemigo dos cañones más, al parecer de la *misma fábrica* que el anterior. Desembocamos en una sabanita, y dos disparos de granada ahuyentaron completamente al enemigo de la vanguardia, en términos que en el resto del día no se atrevieron á ni siquiera hostilizarla: en cambio continuaron por espacio de dos ó tres horas picando la retaguardia, pero sin resultado puesto que á esta fecha nuestros soldados ya no hay bosque por espeso que sea donde no penetren, aunque para ello sea necesario, como lo es la mayor parte de las veces, abrirse paso á fuerza de cortar árboles, matas y abrojos. Una de las tretas infames de que los enemigos se valieron en este día sólo para introducir el desorden, fué colocar en el medio del camino 26 colmenas de abejas, que gracias á las disposiciones del general, no llegaron á esparcirse entre el ganado donde hubiera sido mayor el daño.

Esta ocurrencia me hace recordar las vívoras que Anibal en un combate naval, arrojó en botes de barro á sus enemigos en la guerra Púnica ó Cartaginesa. Por fin, llegamos á las cinco de la tarde al potrero Consuegra, y allí pudimos apreciar con detención los daños hechos por el enemigo á nuestras tropas: consistían estas en cinco heridos y tres muertos.

Los del enemigo apenas pudieron ser apreciados pero al paso contamos

nueve muertos, y abrigamos la seguridad de que habrán tenido gran número de heridos por los regueros de sangre encontrados. Era día de Noche Buena, y el soldado á pesar de las fatigas del día, siempre guarda en el fondo de su corazón un recuerdo para los seres que le son más queridos, especialmente en días como este clásicos, que traen á la mente mil recuerdos placenteros de otros pasados en el seno y en el hogar de la familia. ¡Quién no tiene una madre, un hijo, una esposa ó una novia que recordar! Cené mal humorado, pues estos mismos recuerdos me entristecían, y para distraer mi preocupacion, salí del bohío en donde tenia colgada mi amaca y me arrojé al campamento; confieso que más con idea de curiosar que otra ninguna. Vi los corros de jefes, oficiales y soldados sentados al rededor de las candelas, cenando los unos y esperando los otros ver sazonado algun trozo de carne de una res, que una hora antes retozaba por la campiña. Aquí escuchaba al uno contar como habia pasado la Noche-buena en Africa el año 59, y allí oia al otro referir la ensalada que habia comido en su pueblo hace tres años, cocinada por su madre ó hermana. Quién recordaba la campaña de Santo Domingo, y quien contaba algun cuento ó chascarrillo que hacia prorumpir en risa á su auditorio: me parecia mentira que tan pronto olvidase el soldado las fatigas y los peligros del día. Pero las olvidaba, pues cuando ménos lo podia esperar, ví 18 soldados del batallon cazadores de S. Quintin, seguidos de otros muchos, con gran

algazara. Me aproximé al verlos y no pude ménos de admirarme, al acercarme á uno y preguntarle que era aquello, y oír que me contestaba: *son diez y ocho prisioneros que vamos á presentar al general*; efectivamente eran diez y ocho soldados vestidos de MAMBISES ⁽¹⁾ con las ropas que los mismos insurrectos habian dejado abandonadas sobre el campo en su huida. Consistían estas en camisas de rusia blanca, capotes de monte, de pelo y sombreros montunos de guano con una escarapela muy exajerada.

El general á quien yo pedí permiso para que entrasen, los recibió con ia afabilidad y cariño con que trata á sus soldados que lo quieren con extremo. Celebramos todos la ocurrencia, y el general que habia mandado reservar unas botellas de Jerez para celebrar esa noche, dispuso se repartiesen á la tropa prefiriendo gustoso que ella las desocupara, como pequeña recompensa á la felicitacion que le acababan de hacer. Los despidió exortándoles á que fuesen á reposar y dándoles el parabien por su intrepidez al frente del enemigo; esto era cuanto ellos podian apetecer

Volvia al campamento y de nuevo se apoderaron de mí, recuerdos tristes que, seguramente eran el tema general de las conversaciones: ¡la familia! palabra santa que tiene un altar en nuestro pecho: los hijos, la esposa, la madre, dulces recuerdos que mitigan nuestras penas: la idea de volverlos

(1) *Mambises* era el nombre que le daban nuestras tropas á los insurrectos dominicanos y que continúan dándole á los de esta Isla: tambien les dan en las jurisdicciones del Departamento oriental el de CALASIMBOA

á ver por sí sola, compensa todas las fatigas y privaciones: ¿Quién no tiene uno de estos seres queridos á quien consagrar su pensamiento? Y si existiese alguno tan huérfano de familia, quién no tiene un amante ó un amigo que constituyan su eden, y ansie estrechar entre los brazos?.....

Eran las nueve, y todo el mundo comenzaba á tomar por lecho la blanda yerba, contemplando las estrellas y alumbrados por una clara luna, todos se entregaron al parecer al descanso: hubiera querido ser poeta en ese momento.....

25 DE DICIEMBRE.—Al amanecer de este dia, dispuso el general se practicase un reconocimiento en los bosques inmediatos al campamento, pues las avanzadas nuestras habian hecho diferentes veces fuego en las altas horas de la noche anterior. Dió por resultado el encuentro de tres muertos, muchos rastros de sangre y algunas armas abandonadas.

No habian pues perdido el tiempo nuestros centinelas. Salimos á las 8 de la mañana del potrero de Consuegra, y apenas organizada en un todo la columna, nuestras guerrillas, del ala derecha al mando del capitán Campoamor, descubrieron al enemigo emboscado y fuertemente atrincherado en una altura. Comenzó á hacer fuego sobre la estensa vanguardia, pero abanzando intrépidamente las guerrillas tomaron á la bayoneta esta trinchera, protegidas por tres disparos de artilleria que hizo con tal acierto el teniente de la seccion que iba á vanguardia Sr. Molina, que lo-

gró que reventaran dos granadas dentro de la misma trinchera. Los enemigos que al ver avanzar la reserva de las guerrillas temieron verse cortados, lograron con un engaño apagar por un momento los fuegos de esta, comenzaron á gritar: *no tirar que están aquí las guerrillas*, voz que sin duda habian oido otras veces: pero á los pocos instantes que fué conocida la treta por nuestros soldados, se arrojaron con más ahinco sobre ellos, poniendolos en precipitada y vergonzosa fuga.

Continuó la marcha con bastante dificultad, pues ya llevamos cinco heridos del día anterior, uno habido en la toma de la trinchera y el convoy de carretas y acémilas con que salimos de San Miguel.

A la media legua se volvió á presentar el enemigo en los momentos en que nos hallábamos ocupados en allanar las dificultades que habia puesto en el camino, y mientras se igualaba el terreno y se chapeaba un camino por medio del bosque, que facilitase el paso del convoy, desechando los innumerables troncos de árboles y ramaje con que se hallaba obstruido el paso, comenzaron de nuevo el fuego que fué apagado de momento en el ala derecha por los flanqueadores del Regimiento de España.

Duró la operacion de allanar este paso y otros, más de cuatro horas, en términos, que á las tres de la tarde, comprendiendo sin duda el general que era de todo punto imposible llegar al fin de la jornada que nos habiamos propuesto, dispuso acampase-

mos en el potrero La Candelaria como así lo efectuamos.

DIA 26 DE DICIEMBRE.—Día memorable por todos estilos para la columna: al toque de diana dispuso el general se reuniesen todos los sacos y tela á propósito para ellos que se encontrase en la columna, y sin saber con que objeto, ordenó se reuniesen todos los sastres de los batallones, y despues de haberse cortado un saquito de cortas dimensiones, dispuso se hiciesen los necesarios para llevar cada uno tres arrobas de sal ó arroz hasta que se calculó habia número suficiente. Esta operacion duró poco más de una hora, y reducidos los sacos de nueve arrobas á cortas dimensiones, acordó abandonar las 22 carretas del convoy y colocar en acémilas y en el testuz de los bueyes su contenido, cediendo él para este objeto cinco de su propiedad que conducian su equipage y el rancho del cuartel general. Así se efectuó, y cargando todas las acémilas hasta donde fué posible, así como los bueyes con lo que conseguimos, sino alijerar el convoy, al ménos hacerlo de más fácil tránsito por los caminos pantanosos y siempre entorpecidos por el enemigo.

Salimos á las ocho de la mañana de este punto en direccion á Cascorro, pueblo ocupado por los enemigos, pero que se hallaban muy léjos de suponer fuesemos en direccion á él: no obstante, á la legua y media, ó sea la mitad del camino, empezó á hostilizarnos, en el interior del monte aunque en vano, pues el flanqueo de

nuestras guerrillas se internaba tanto que lo tenía á raya: como una legua antes de llegar al pueblo, hicimos un prisionero en una carga dada por el batallon de San Quintin, y al poco rato encontramos una fuerte trinchera construida en forma de tenaza en una altura, la que fué abandonada al cargar sobre ellos á la bayoneta los flanqueadores de S. Quintin, siendo perseguidos en el interior del bosque con tres disparos de metralla. Continuamos la marcha por espacio de dos horas, hasta divisar las casas del pueblo, en donde se encontraban: allí fueron atacados con mas detenimiento que lo habian sido en otros lados, pues el terreno permitia jugar en conbinacion las tres armas: se replegaron al frente las guerrillas de los flancos, aunque continuando en el órden abierto: se desplegó la caballeria á reemplazar los puestos que estas ocupaban, y comenzó el ataque: á los diez minutos ya nuestros infantes gritaban desaforados: «la caballeria,» acudió esta presurosa, y les dió una brillante carga, en que abandonaron armas y caballos (generalmente las primeras las arrojan siempre pues les estorban para correr.) Tomamos el pueblo sin una sola baja por nuestra parte, y lo encontramos completamente abandonado; las casas desiertas, y solo un viejo peninsular encontramos en él. Por este supimos que los sublevados en el momento que supieron nos dirijíamos allí, saqueaban las tiendas, obligando á los moradores y vecinos á huir al monte, con el engaño de que los soldados pasaban á cuchillo, robaban é incendiaban

cuanto encontraban. En el trascurso de las operaciones, he tenido ocasion de observar esto en todas partes, y solo la credulidad y sencillez de la gente del campo, puede dar crédito á estos embustes. De la carga dada por la caballeria resultaron tres muertos y algunos heridos hechos por los tiradores de esta arma al internarse en el bosque, y á ella asistieron los oficiales del cuartel general, capitán D. Ricardo de Guzman el Bueno, y el alférez D. Santiago Diaz Ceballos.

Instalados ya en el pueblo, pudimos apreciar mejor los daños causados en él por el enemigo. Hechos, permítase la frase, de vandalismo pues no merecen otro nombre: las puertas descerrajadas, las tiendas saqueadas y todas las casas abandonadas.

Seis horas antes habia estado en él con varias partidas, el cabecilla, titulado por ellos general D. Emilio Saldivar, dueño de un ingenio situado á las inmediaciones de la poblacion y su gente habia llevado á cabo estos desórdenes. Reconocidos con detenimiento los puntos estratégicos de la poblacion, pudimos observar la fuerte trinchera que tenian en el puente. Debajo de este, y en la hondonada que forma el terreno por donde pasará el agua del rio cuando la lleve, vímos se hallaba cubierta de ramaje blando, tapisado con arena, de manera que pudiese hundirse en este foso la caballeria al cargar. Solemne chasco se llevaron, pues una de las cosas que más me llama la atencion en nuestro general, es que nunca se sabe adonde, como, ni porque parte vamos, y aseguro á Vdes. que esto no obsta

para que jefes, oficiales y soldados caminen seguros y confiados en que los conducirá á la victoria. Este dia entramos por otra parte, donde podian jugar convinadamente, como sucedió, las tres armas.

Al dia siguiente (27 de Diciembre) salieron á forrajear de madrugada ocho soldados del Regimiento de España, sienta no recordar sus nombres, y acosados por el enemigo, cargaron intrépidamente sobre él á la bayoneta, logrando dispersar y poner en desordenada fuga á más de 50, arrancándoles un cañon que trajeron al campamento: por cuyo hecho el general los mandó gratificar. Una hora despues, se presentaron varios comerciantes «sin efectos que vender» pues ó bien estafados con papeletas de los insurgentes bajo el pretesto de *patria y libertad*; ó bien saqueados más descaradamente seis horas antes: se hallaban arruinados.

Si el relato que nos hicieron no lo creyera ageno de este pequeño diario, procuraria dar á Vdes. una lijera idea de las *teorias y prácticas insurrectas*, pero para ello necesitaria mucho espacio y tendria que apartarme de la mision con que tomé la pluma.

Sin embargo, creo necesario esponer algunas de ellas, y voy á hacerlo aunque con brevedad.

La multitud de denominados generales, y jefes que en su ambicion han fraguado, hace suponer, y creer cándidamente á la gente de los pueblos, existen muchos miles de insurrectos—la partida del general tal ó la de cual, y son tantas las que citan, que á poco más, de solo generales y

jefes superiores podría componerse una verdadera. De esto sacan todo el partido posible para hacer sucumbir á los que tienen brío suficiente para revelarse y contrarrestar las descabelladas ideas de los que no comprenden que por más que se valgan de silojismos agudos y de falsos sofismas, son españoles, ó descendientes de estos, salvo el que no quieran serlo por que entonces que la historia nos diga lo que serán.....

Además imbuyen á las gentes del campo la creencia de que los soldados españoles por de quiera que van, arrasan cuanto encuentran, violan las mujeres é incendian las casas, cuando hasta la fecha no se ha cometido por nuestras tropas el más mínimo desórden ni ha habido necesidad de castigar severamente á un soldado por faltas de esta especie. Si la buena punteria de nuestros artilleros (que dicho sea de paso, la tienen excelente) les incendia con una granada alguna casa donde traten á mansalva de hacernos bajas, cúlpense á sí mismos y no al ejército y el severo carácter de los reputados y entendidos jefes que van á su cabeza. No creo pues necesario combatir esos absurdos que propalan, pues ni son dignos de ser tenidos en cuenta, ni lo merece su falsedad. ¡Lástima que los pueblos no puedan apreciarlos y sacudirse del yugo que personas ambiciosas, cuyos antecedentes son bien conocidos del público, quieren imponerles para saciar su ambicion: pues no ama la pátria el que procura su aniquilamiento, y á la vista se comprende, que lo que pretenden, es esplotar la

*

credulidad, abusar del paternal gobierno español, que siempre ha mirado á Cuba con más predilección que á otra parte cualquiera de su territorio.

Que Cuba se aniquile, poco, muy poco les importa, pues si en el desorden consiguen saciar su avaricia, á costa del sudor de mil frentes y del trabajo de honrados patricios, de muchos años, procuran luego retirarse como ya está sucediendo á ampararse al abrigo de una bandera extranjera para disfrutar el fruto de sus rapiñas, dejando sumidas en la miseria á innumerables familias sus conciudadanos.

Salimos por fin de Cascorro á las nueve de la mañana, en dirección á Guaimaro, y á las tres horas de marcha, rompieron nuestros flanqueadores del ala derecha, pertenecientes al batallón S. Quintín, un nutridísimo fuego sobre nuestros enemigos que divisaron atrincherados en el monte. La rapidez con que nuestros soldados cargan sus fusiles Peabody, hacia tan continuado el fuego, que parecía un redoble de tambor: llovía en este momento á torrentes, como si el cielo quisiese apagar los fuegos del enemigo que agazapado tras de fuertes trincheras tiraba á mansalva sobre nuestros valientes soldados, cuyos pechos generosos, era toda su muralla. Continuó el fuego por espacio de media hora, pasada la cual, se arrojaron á las trincheras á la bayoneta, y encontraron lo que siempre: armas, caballos, ropas ensangrentadas y algunos víveres. Continuamos la marcha, con un día bastante chubascoso, y empa-

pados en agua, haciendo fuego avanzando las guerrillas de ambos flancos protegidas al mismo tiempo por los disparos de la artillería, ganaron las del flanco izquierdo tres trincheras más á la bayoneta. Seguimos caminando siempre con obstáculos y entorpecimientos en el camino, pero ya para nosotros no era estorbo las talas de árboles ni los fosos. Todo el trecho que nos faltaba por recorrer estaba cubierto de trincheras, que no se atrevieron á defender, sin embargo de hallarse construidas en terreno ventajoso para ellos, en lo más espeso de los bosques, rinconadas y barrancos, y hechas con detenimiento y para resistir un ataque. De esta clase contamos 26 que no pudieron ménos de hacerme recordar con dolor, el tiempo, que con menoscabo de la agricultura, habian empleado en su construcción, las negradas arrebatadas á los Ingenios á viva fuerza, sin embargo de las falsas promesas con que tratan de alhagarlos.

En diferentes veces que eran divisados, les cargaban con arrojo los infatigables y bravos flanqueadores de S. Quintín, al mando del esforzado capitán Mendigurren, pero eran demasiado prudentes despues de los escarmientos últimos, y se presentaban á lo léjos huyendo siempre cobardemente.

Llegamos por fin al anochecer al potrero *Tana*, y se estableció como de costumbre, el campamento por el Sr. teniente coronel jefe de E. M. D. Valeriano Weyler, que tiene tal acierto é inteligencia para esta clase de operaciones, que muchas veces he

admirado; como á la media hora de llegar á cualquier punto ha establecido la infanteria, caballeria y artilleria de una manera tal, que es de todo punto imposible, el poder penetrar el enemigo en nuestro campamento, aunque se presentase en número diez veces mayor. Oportunamente tendré ocasion de citar la serenidad, arrojo é inteligencia de este distinguido jefe que tan acertadamente sabe interpretar todas las disposiciones del E. S. Conde de Valmaseda.

Esta noche será de recuerdo impeccedero para todos los que componíamos la columna: seria necesario la pluma de un Espronceda para pintarla con todo lo negro de sus colores.

La situacion del campamento era entre espesos bosques y cañaverales, en el centro un mísero bohio. El cielo que parece que habia desatado sus cataratas, arrojaba el agua á torrentes: el enemigo aprovechando la oscuridad de la noche, y guarecido por la misma tempestad, no cesaba un momento de hacer fuego, y nuestras avanzadas de contestar. Todos los oficiales del cuartel general y ayudantes de campo, corrian de aquí para acullá, averiguando, para dar parte á S. E. las novedades que ocurrían y desde las 7 de la noche hasta las 6 de la mañana, que empezó á aclarar, no cesó un momento de llover á mares, ni el enemigo de hacer fuego. Yo que sufría como cualquier otro la tormenta, compadecía al pobre soldado y lo admiraba; le veía abrigar entre su pecho las municiones como procurando salvarlas primero

que todo, en cambio, los sacos de galleta, arroz y sal, era una pura pasta, y con ellos, desaparecia todo el alimento de la columna, sin esperanza, en muchos dias, de poder reemplazarlo. Llegó la mañana y practicado, de orden de S. E., un reconocimiento, encontramos varios muertos causados por nuestras avanzadas al enemigo durante la noche, por nuestra parte solo hubo un herido.

La noche anterior la tropa no habia podido comer despues de la fatigosa marcha y accion del dia anterior, pues el agua era tal, que ni aun guarecidos bajo la espesura de los árboles era posible mantener encendidas las hogueras. Además el enemigo que habia sido batido tan victoriosamente y dispersado el dia anterior, se hallaba reorganizado y acosaba con sus fuegos los puntos en donde divisaba la claridad del fuego. Así pasó la célebre noche de Tana; noche que estoy seguro no olvidaremos jamás, pues era de las en que la naturaleza nos hace comprender cuan impotentes somos cuando se presentan los elementos con todos sus incomprensibles fenómenos.

Salimos de Tana á las 9 de la mañana, y todo el camino fué hostilizada la columna con algunos disparos, pero á juzgar por su número, era muy poca la fuerza que debia atacarnos; se conoce que el desórden que les introducimos el dia anterior, no habia podido ser aun reparado por nuestros enemigos.

Llegamos á Guaimaro y entramos en el pueblo sin disparar un tiro, aunque con las precauciones que de-

ben tomarse en todos estos casos.

A la llegada de la vanguardia á la plaza, salió de una casa, el Cura acompañado de seis ó siete vecinos más, dando las gracias al ciclo por nuestra llegada.

Todo el resto del pueblo habia desaparecido, no obstante arrojar su estadística un número considerable de habitantes: nos contó el Padre lo que habíamos escuchado en Cascorro de boca del único viejo peninsular que se encontró en él: las familias habian huido despavoridas, y las casas y comercios, tambien habian sido saqueadas y robadas por los insurrectos, llevando presos á Bayamo á los peninsulares, y toda clase de personas que manifestaban repugnancia á la causa del desórden y el pillaje.

Aquí podríamos detenernos una vez más y hacer muchísimas reflexiones sobre hechos tan vandálicos, á los que se trata de dar un color político, pero á la fecha en que escribimos estas líneas, ya el drama ha tocado á su desenlace, y más adelante podrán, por los hechos, apreciar los lectores la verdad de nuestros asertos.

Por más que nuestro ánimo sea ocuparnos tan solo de las operaciones militares y hechos de armas de nuestros soldados, no podemos ménos, siquiera sea de paso, de tocar la cuestion política que se halla tan entrelazada con ellos: de combatir los absurdos y embustes con que esos visionarios trataron de alucinar y conquistar adictos á su causa, con menoscabo de la honra de nuestros soldados, cúmulo de honradez, de valor, de abnegacion y sufrimiento.

El 29, continuamos en Guaimaro para que la columna pudiese rehacerse algun tanto de las fatigosas marchas de los dias anteriores y con objeto de ver si el padre Cura, á quien comisionó el General, hacia regresar al pueblo las familias dispersas de los habitantes que habian sido arrebatados de sus casas los unos y huido los otros, merced al terror que los enemigos les habian imbuido, de los desórdenes que suponian cometan nuestros soldados.

Fué vana la pretension del General: el Cura salió pero no volvió, y segun la afliccion de sus sobrinos, es de creer que los enemigos se hayan apoderado de él, y acaso cometido con su persona alguna de las iniquidades y violencias que les son tan comunes.

Este dia ocurrió un hecho muy digno de contarse. Salieron á forrajear con la seccion de Tiradores de Caballeria los tenientes de infanteria D. Manuel Aragon, y de milicias caballeria D. Antonio Guzman, ambos del cuartel general, con alguna fuerza de infanteria y á poco de su salida encontraron al enemigo en número de 80 á 100 hombres. Cargaron intrépidamente sobre ellos, y al cuarto de hora les habian hecho cinco muertos y un negro bozal prisionero, poniendo el resto de la gente en precipitada fuga y cogiéndoles 17 caballos con sus monturas. Para colmo de derrota, nuestra tropa que los sorprendió en su campamento, recogió todas las ropas y armas que abandonaron, y disfrutó (pues se hallaban en ayunas) de sazonado rancho que tenian preparado. Los soldados no podian menos de

esclamar un conocido refran entre ellos: «No siempre se come el rancho el que lo guisa.» (1)

Y á propósito de los oficiales que mandaban esta pequeña fuerza, creo muy justo tributar á ambos unas cuantas líneas que hagan público su buen comportamiento que más de una vez ha merecido plácemes de S. E.

El teniente retirado de milicias D. Antonio Guzman, vuelto al servicio poco antes de dar principio estas ocurrencias por su acendrado patriotismo, se hallaba en la Habana cuando dió principio la rebelion, y desde que empezaron las operaciones, siguió voluntariamente la columna, prestando muy buenos servicios, ya como práctico, ya como encargado de convoyes que conducia y sacaba de los fangales, trincheras y malos pasos, entre el fuego enemigo que siempre hostiliza la retaguardia.

El teniente D. Manuel Aragon no prestó menores servicios de todas clases, y ambos se han captado las simpatias de S. E. y demás jefes de la columna.

Al dia siguiente salimos de Guaimaro, sintiendo en el alma el General no dejar una pequeña guarnicion en este hermoso pueblo, lo mismo que hubiera deseado dejarla en Cascorro para que sirviese de garantía y escudase á los honrados vecinos de estos pueblos, contra los desórdenes de los sublevados. Pero su mision era tomar á Bayamo de cualquier modo, y si bien desde la célebre noche de

(1) Del Charivari francés.

Tana no existian raciones para la columna, conocia demasiado S. E. al ordenar la marcha, que el soldado español descuella entre los de todo el mundo por su sobriedad. No habia galleta ni arroz, y la sal escaseaba, pero en los campos habia carne, y este fué y es el alimento que hasta la fecha en que escribo estas líneas, ha tenido la columna. No es esta sola privacion la que han sufrido; son tantas, que si fuese á relatarlas, tendria que consagrar á este solo objeto muchas líneas. El agua, uno de los principales elementos de la vida, hubo jornada que no logramos encontrarla, y más de una vez he visto al soldado arrojarle sediento sobre una poza inmunda, y otras, picar la planta parásita en cuyo tronco ó rama, se alimentan algunas gotas de agua.

Esto no vale contarle, es menester sufrirlo. Desde Guaimaro nos acompañaban, visto no quedaba en él guarnicion, los cinco paisanos que encontramos en el pueblo, y solo quedó en él un anciano á quien ni su salud, ni sus achaques, le permitian seguir la columna.

Desde Guaimaro seguimos la marcha por el camino real hasta llegar al puente Tobabo, en donde lo dejamos á la izquierda, para tomar el denominado de Miguel Ramos, por entre un espeso bosque, caminando por un estrechísimo sendero que apenas permitia el paso más que de dos hombres: por el camino tuvimos, como de costumbre, pero de seguro, los enemigos que no pasaban de 100 á 150 y venian siguiendo la pista á la columna: el capitán Mendigurren fué el encar-

gado de espantarlos, y aseguro á V. que lo hizo á las mil maravillas, pues sus guerrillas se hallaban tan internadas en el bosque, que las balas que por casualidad llegaban á nosotros venian ya frias, tanto, que una que tocó á un soldado venia tan fria que solo le causó una pequeña contusion. Llegamos al potrero *Los Dolores*, y allí acampamos.

Por la noche hubo algunos tiros en las avanzadas, pero como esto era muy comun, no nos llamó la atencion.

Al dia siguiente (31 de Diciembre) salimos del potrero *Los Dolores*, y apenas formada la columna en una pequeña llanura rodeada de espeso bosque, dispararon los enemigos escondidos en él, dos trabucos poco ménos que á boca de jarro, los que nos causaron un muerto y dos heridos: este hecho exasperó á toda la columna, especialmente á los intrépidos cazadores de San Quintin de donde eran los heridos, y si el dia empezó con desgracia para nosotros, cara y muy cara costó á los enemigos esta avilantez.

Desplegadas conveniente las guerrillas en una distancia de más de 250 méetros dentro del bosque, se ordenó convenientemente por el General, en persona, la columna, para el ataque y defensa. El enemigo nos veia avanzar, ganar terreno siempre y atravesar por donde queriamos, y no podia verlo tranquilo, pues ya á pesar de sus bravatas, presentian que la columna del Conde de Valmaseda, caminaba y conducida habilmente por él, á asistir al famoso comparendo que en un periódico de Bayamo se

hizo á los EE. SS. Capitan General y Conde de Valmaseda, para que ante el chistoso tribunal de los insurrectos, *diesen sus descargos*. En vista de esto reunieron cuantas fuerzas les fué posible para atacar la columna de este dia, y segun las noticias que posteriormente adquirimos nos atacaron ese dia 8000 hombres (1) al mando del presunto general Modesto Diaz uno de los varios ingratos dominicanos á quienes la patria abrió sus puertas generosamente y amparó al abrigo de su bandera dándoles, no solo socorros, sino un sueldo sufragado de los fondos públicos.

Emprendimos la marcha ansiosos de encontrar al enemigo: nunca he visto á los cazadores de San Quintin con más deseos de combatir: yo iba en la vanguardia á las órdenes del jefe de E. M. D. Valeriano Weyler, que S. E. señala siempre este puesto, no obstante que manda la vanguardia cada dia uno de los jefes de los batallones, turnando en este servicio, que desempeñan con bravura é inteligencia, y por alto escuchaba conversaciones que me hacian comprender cuan sensible les habia sido la pérdida de sus compañeros.

El camino era pantanoso, lleno de recodos y estrecho: á ambos flancos un monte espesísimo en el que, estoy seguro no ha penetrado jamás la planta del hombre, ya sabia el enemigo que puntos elegia para atacar-

(1) Hay que tener en cuenta que de los 8000, más de 4000 eran negros bozales de las fincas, cuyas armas eran un mal machete, pues sin embargo que los jefes tienen, algunos de ellos, rifles, la generalidad tiene unas malas escopetas y trabucos antiguos, que cargan con balas de plomo hechas en moldes de dedales.

nos, pero en vano: nuestras guerrillas de San Quintin y España comenzaron un fuego continuado, y al poco rato ya la accion habia tomado tal incremento, que desde la extrema vanguardia, hasta la extrema retaguardia, ocupaba una estensiva línea el fuego enemigo á ambos flancos que era contestado por nuestras guerrillas reforzadas convenientemente y con fuerzas además en reserva. Hacía un calor sofocante, no habia ni agua con que el soldado pudiese refrescar las fauces, pero esto no obstaba para que se arrojase intrépido á la bayoneta sobre el enemigo, apenas lo divisaba por lejos que estuviese, para lanzarse como leones á las trincheras que este defendía en fuerza del número de su gente. Este dia llegué á temer por el General: muchos fueron los dias en que se vió en eminente peligro, pero este, su impaciencia por verlo y disponerlo todo, lo colocaba muchas veces entre las líneas del fuego enemigo con gran peligro de su vida. Siguió avanzando la columna, tomando trincheras, cegando fosos y destruyendo parapetos, hasta desembocar en una pequeña sabanita, allí avanzadas ya las guerrillas convenientemente, comenzó el fuego de la artillería: varios disparos de granada hechos sobre el ala derecha apaciguaron por un momento los fuegos, pero empezaron de nuevo por el lado izquierdo y tan cerca que permitió á la artillería hacer varios disparos de metralla: apuntando uno de ellos cayó atravesado por un balaso en el muslo el teniente de la seccion de artillería de vanguardia Sr. Valdés, pero inmediatamente fué

reemplazado en el mando de la pieza, no obstante querer continuar á su frente haciendo fuego sobre el enemigo. Prosiguió la columna haciendo fuego avanzando, las guerrillas internadas en el bosque, y el paso de ataque que escuchábamos á cada momento nos hizo comprender que el soldado veia los enemigos. Desembocamos en una sabana estensa, y las guerrillas de vanguardia, la artillería con su compañía de proteccion, las reservas y toda la vanguardia hizo un fuego horroroso sobre los enemigos, que acosados por las guerrillas del centro y retaguardia de la columna, huian despavoridos

Desembocada la columna en la sabana, sentimos á lo léjos toques de corneta, y todos los corazones latieron, estoy seguro, en aquel momento, con una alegría indefinible. Los toques de corneta nos indicaban la aproximacion de nuestros hermanos, de nuestros compañeros de armas y fatigas, y despues de tan rudo dia, ¡cuán grato es estrechar entre los brazos á los que en diferentes ocasiones han compartido con nosotros sus placeres y sus penas, sus peligros y privaciones!

Además la combinacion estratégica de nuestro general, salia á las mil maravillas. Los enemigos podian ser batidos en su huida por otra columna que en ese dia debiamos encontrar. Y ahora que hablo de convinaciones estratégicas, no puedo ménos de consignar con admiracion el talento del Conde de Valmaseda para concebir las y ejecutarlas. Muy léjos de mí toda idea de adulacion, muy ageno es

de mi carácter echar incienso á ningún ídolo, pero ante la justicia, la razón, y ante los hechos demostrados no cabe duda.

El General Conde de Valmaseda, además de su pericia y vasta instrucción militar, posee un *don* especial que para poder apreciarlo en su verdadero valor, es necesario conocer su firmeza, al emprender cualquier maniobra ó movimiento. Sus disposiciones antes de ponerse en camino la columna, desconcierta al enemigo pues no le es posible poder calcular su dirección: su serenidad y fría calma en los momentos de fuego, le hacen tomar un aspecto imponente, y una sola mirada suya llena de fuego y de inteligencia, arrastra en pos de sí con entusiasmo cuantos se hallan á su inmediación. Muchas veces le he visto cabisbajo estudiando detenidamente sobre un mapa, ó con la pluma en la mano, escribiendo alguna de las órdenes generales que demuestran su magnanimidad y su inteligencia en el arte de la guerra, órdenes que todo soldado guardará en el fondo de su corazón como un rico tesoro de saludables consejos, ó como un recuerdo de gratitud: y hubiera querido tener doble vista en aquel momento para poder penetrar en el fondo de su alma y entreveer la multitud de ideas que deben cruzar por su imaginación. La alta misión que desempeña, la responsabilidad de tan importante mando, la escasez de recursos en que se encuentran las tropas, faltas de raciones y de calzado, serán de seguro las ideas que constantemente ocuparán su imaginación.

Pero á todo encuentra solución, y si alguna vez los elementos se oponen á los designios, él es el primero en dar ejemplo de sufrimiento á sus soldados, sobrellevando con más resignación que todos, la intemperie, durmiendo al despoblado, y ni aun evitando el agua con un mal abrigo, cuando esta cae á torrentes. Esto es público y notorio en la columna, y al mencionarlo, no es otra mi intención, que demostrar que desde el más ínfimo soldado hasta el general, todos se hallan espuestos á iguales fatigas y peligros.

En los diferentes movimientos que emprendió la columna, siempre presidía el cálculo y las disposiciones del General, y oportunamente, según se vayan presentando tendré ocasión de demostrar que en todas las operaciones preside siempre una anticipada convicción del General.

Como ya he dicho, sentimos á lo lejos el toque de cornetas lo que nos hizo creer fuese la columna del Sr. coronel D. Eugenio Loño que se hallaba en Manatí, y que debía por órdenes que había recibido del General, haber pasado á las Tunas y hecho algunos movimientos de avance hacia aquel punto.

No era esto no obstante motivo suficiente para entregarse á una completa confianza: podía ser un ardid del enemigo y la prudencia aconsejaba tomar todas las precauciones posibles. Desembocó la columna por completo en la sabana y ya se había terminado el fuego. Los disparos de metralla habían desconcertado por completo al enemigo, causándole infinitas ba-

jas, y do quiera se veían cadáveres, regueros de sangre que hacían comprender el número de heridos que habían retirado de la acción. Desplegadas en la sabana las guerrillas formó la columna en los términos de costumbre: dos compañías al frente en batalla, la de protección de la artillería de vanguardia en dos filas á ambos flancos de esta, la sección de tiradores de caballería, al frente desplegada en guerrilla, y después de hallarse organizado completamente el centro y la retaguardia de la columna, y cubiertos sus respectivos flancos, se hizo alto: se reunieron todos los cornetas de los batallones, y después de haber tocado los toque de ordenanza, los escuchamos repetir á lo lejos con placer. Ya no nos quedaba duda que era la columna de Loño la que respondía.

Seguimos impacientes la marcha, hasta divisar á lo lejos las avanzadas de la columna, en las que tremolaba el pabellón español, y al poco rato vimos avanzar al veterano coronel D. Eugenio Loño, seguido de un ayudante de órdenes, acompañado del comandante de ingenieros D. Bernardo Portuondo y de otros varios jefes y oficiales.

Después de los saludos de ordenanza, estrechamos llenos de emoción su mano, y un ¡Viva España! otronador, que salió de los labios del general, y que fué contestado con frenético entusiasmo por todas las tropas. Las del coronel Loño se hallaban formadas en columna terciadas las armas y ansiosas como las nuestras de estrechar

entre sus brazos á sus compañeros y hermanos.

Pocos momentos después, la alegría era general, y se daban vivas á España y al ejército español. Las tres compañías de San Quintín que teníamos en nuestra columna se reunieron con las que se hallaban en la del Sr. Loño al mando del aguerrido comandante D. Enrique Boniche, y era un espectáculo tierno y conmovedor. Todos se relataban sus aventuras, sus peligros y sus hazañas, y tenían á gala el contar como se habían batido un día entero, sin agua y en ayunas; como habían tomado una trinchera á la bayoneta ó como habían cojido y perdonado generosamente á un prisionero y colmándolo además de beneficios. Estas conversaciones que algunos creerán vulgares, no lo son, pues en su fondo, encierran una nobleza digna por todos conceptos del carácter del soldado español, y es la prueba más incontestable que podemos dar á nuestros enemigos, de la falsedad de los absurdos que propalan, al hablar de excesos que suponen cometen nuestras tropas.

La columna del coronel Loño se componía de tres compañías de San Quintín, una de ingenieros, el batallón de Bailen, compañías de la Reina, compañías del batallón de la Habana, unos 20 bomberos de las Tunas y dos piezas de artillería.

Acampamos este día, y después de curar los heridos, primer cuidado siempre del general, que secunda con admirable celo el médico mayor D. Alejandro Teixidó, jefe de Sanidad, agregado al Cuartel general, empe-

zaron las conversaciones que son de suponer entre los jefes y oficiales de las dos columnas.

Así terminó la jornada de *Dolores á Rompe*.

1.º DE ENERO DE 1869.—Salimos de Rompe á las 8 de la mañana y desplegadas las guerrillas de vanguardia, según costumbre, emprendimos la marcha por un terreno llano, que si bien no era sabana, podía flanquearse muy fácilmente por nuestras guerrillas. A la hora de camino encontramos unas cejas de monte en donde el enemigo estaba atrincherado con fácil defensa, ya por la espesura del bosque, ya por tener segura la retirada. No permaneció mucho tiempo dueño de sus parapetos, pues como siempre, á la bayoneta, fueron desalojados por nuestras guerrillas. Seguimos la marcha y siempre que el monte era espeso y podían hacer algunos disparos á mansalva, hostilizaban toda la columna, ya en la vanguardia ó ya en el centro y la retaguardia, pero con diferentes cargas á la bayoneta los desalojaban siempre de sus posiciones, con pérdidas, pues al poco, y antes de llegar á la sabana, que se halla próxima á las Tunas, tuvimos ocasión de contar 6 muertos, y suponer, por los regueros de sangre, habían tenido multitud de heridos.

Desembocamos en la sabana y divisamos la torre de las Tunas. Se replegaron las guerrillas, reemplazándolas la Sección de tiradores, y formadas en columna las tropas, entramos en el heroico pueblo de las Tunas. El valiente comandante mayor de aquel

punto D. José Ramos, tenía anticipadamente preparado alojamiento para todas las tropas, y pasaron los batallones á ocupar los que se les tenían designados. S. E. pasó al suyo respectivo y en él recibió las corporaciones de la guarnición, voluntarios y demás personas visibles del pueblo que pasaron á felicitarle. Los recibió con su acostumbrada benevolencia, y felicitándolos por la defensa que días antes habían hecho del pueblo, rechazando tan bizarramente el ataque de los sublevados, y les prometió dejar una guarnición suficiente para ponerlos á salvo de alguna otra intención del enemigo.

A las 8 de la noche, el pueblo entero acudió á felicitar á S. E., mientras la música de voluntarios y bomberos tocaban algunas piezas con que lo obsequiaban estos cuerpos.

La población de las Tunas se hallaba fortificada desde la invasión enemiga, y la Iglesia convertida en hospital también fortificada. En ella se depositaron los 16 heridos de cuidado que teníamos, y se habilitó una casa para hospital provisional de medicina.

La situación de las Tunas es demasiado conocida en su parte topográfica y solo me limitaré á manifestar á Vdes. el estado moral de sus habitantes.

Completamente exhaustos los comercios de toda clase de víveres, se veían los habitantes de las Tunas reducidos á las viandas que la tropa que sale á forrajear puede traerles, con las cuales tienen que sustentarse innumerables familias: uno ó dos plátanos y

una ración de carne es el alimento de sus habitantes y esto mientras la tropa salga á forrajear.

2 DE ENERO.—Permanecimos en las Tunas y despues de haber visitado, por la mañana, los hospitales, el general pasó á ocuparse de las operaciones de campaña, relativamente con el estado la poblacion; y me espreso así, porque S. E. consideró que no era justo ni equitativo, abandonar un pueblo completamente exausto de recurso, y que dias antes habia rechazado con tanta bravura y heroismo al enemigo, en una situacion tan crítica.

Para que nuestros lectores puedan formar una idea de ella, bastará un pequeño bosquejo.

La guarnicion salia á forrajear la mayor parte de los dias, y algunos de ellos tenia que dirigir sus escursiones á tres y cuatro leguas de distancia, y con el resultado de este forraje, en el que acarriaban el mayor número posible de viandas, se alimentaba el vecindario y la guarnicion. No pude ménos de entermecerme el dia que refiero, á la llegada del convoy. Asomadas á las puertas y ventanas las familias, miraban ansiosas y como expresando en su semblante la necesidad física, en que se encontraban, del fruto de la escursion.

Nuestros soldados, tan valientes como generosos, comprendian esta ansiedad, y no la prolongaron mucho tiempo. Con un cariño paternal, digno de nobles pechos, repartian las viandas que habian traído, en cambio de una sonrisa, de un «gracias» ex-

presivo y que significaba el mayor agradecimiento.

Hay veces que esta sola palabra, es la más grande prueba de gratitud que puede salir de nuestros labios.

Cuando nuestra alma se encuentra dominada por alguna emocion; cuando una mano extraña nos prodiga generosa un beneficio; con una sola mirada, le expresamos el agradecimiento, y si los lábios enmudecen ó pronuncian balbucientes alguna frase, ella sola es el fruto de los sentimientos que rebosan en nuestro corazon.

El teniente Gobernador de las Tunas repartia equitativamente al pueblo cuantas viandas y víveres se recolectaban, pero nuestros soldados daban lo que con trabajo, y algunas veces á tiros, habian alcanzado para sí. El general creo habrá sufrido mucho en vista de esta situacion. Agotaba y ponía en tortura su imaginacion para salir de aquel apuro. Si mandaba fuerza suficiente para traer un convoy de víveres desde Manatí, puerto de mar el más cercano, tenia que permanecer lo ménos ocho dias en las Tunas, y esto perjudicaba sus ulteriores proyectos, y además tenia que distraer fuerza para este solo objeto. En tan crítica situacion, acordó S. E. saliese á forrajear triple fuerza que la que acostumbraba verificarlo, y despues de socorrido el pueblo, se almacenó el resto de las viandas. Así sucedió en los dias tres y cuatro, saliendo en ellos convoyes que llegaron á recolectar viandas suficientes y maiz para un mes, además de 90 reses mayores: que hecho el cálculo de

su duración, resultó que tenían bastante alimento el pueblo y la guarnición para un mes. Con estos preparativos ordenó S. E. la salida de las Tunas, dejando en el pueblo el 2.º batallón de la Habana, el destacamento de la Reina, los bomberos movilizados, y algunos heridos y enfermos de nuestra columna.

Al disponer S. E. la marcha de la columna, no pensó en víveres para ella, pues ya hemos espuesto el retraso que nos hubiera ocasionado su adquisición: confiado tanto en la resignación de sus soldados como en la suya propia, y acaso en la buena estrella que hasta aquí ha presidido sus operaciones ansiando dar pronto fin á tan descabellada revolución, y hacer tremolar en todos los puntos invadidos por los insurrectos el pabellón español; deseoso de llegar al llamado templo de la libertad, y apostrofado con otros nombres más altisonantes con que atraer los incautos que miran en una palabra, una idea ó un pensamiento, y que si llega á expresarlo, es descabellado y solo conduce al desorden. Ordenó la salida de las Tunas.

Toda la columna la deseaba.

¿Qué importan los sacrificios y penalidades ante la satisfacción de ser dignos hijos de Pizarro y de Cortés, de que la patria en expectativa de nuestros hechos, nos contemple anhelante y nos reciba cariñosa en sus brazos.

¿Qué es el hambre y la sed ante el pensamiento de devolver la tranquilidad que les arrebataron un número determinado de ambiciosos á milla-

res de honrados ciudadanos, dignos hijos de nuestros ascendientes, consagrados tan solo á regar con el sudor de su frente este privilegiado y fecundo país?

Si el origen de las revoluciones es la marcha progresiva de los siglos, si estas pueden alguna vez hacer la felicidad de un pueblo, es cuando su causa nace de la razón, y se halla encarnada en el ser de todos sus habitantes; y al llevarla á cabo, es por el íntimo convencimiento que abrigan de que un cambio radical labrará su dicha futura. Las revoluciones no las hacen los hombres: la idea, el pensamiento que cruzando veloz por regiones desconocidas, se lanzan millares de veces á un mar inmenso en el que faltos de la brújula de la razón, naufragan y perecen en él.

Yo no soy filósofo, pero algunas veces quisiera tener el suficiente estoicismo, la suficiente calma, para contenerme y no contestar cuando escucho hablar de política; cuando oigo á personas que deben entender de todo ménos de gobernar, ocuparse en murmurar actos que están muy lejos de encontrarse á su alcance, que no pueden comprenderlos para poder explicarlos y la razón natural nos dice que sin concepción, no puede haber parto.

Si las revoluciones tienen su origen en un principio sólido, y á este principio se adhiere la razón y el común modo de pensar, tienen algunas probabilidades de triunfo: si un cambio de gobierno ha de constituir la felicidad de sus gobernados, no basta que cuatro ó seis personas, sin importan-

cia política, ni material, sin crédito particular, ni social, lo reclamen, no es suficiente aunque para el logro de sus designios, arrastren en su locura á algunos crédulos á cuya costa traten de medrar, por más que su engrandecimiento cueste lágrimas y sangre á sus conciudadanos.

Cuando las revoluciones tienen el viso que presenta la que acaba de sofocar el E. S. Conde de Valmaseda, apareciendo á su frente hombres desprestigiados moral y materialmente, hombres que á trueque de saciar su avaricia y su ambición no reparan en los horrores de la guerra, y léjos de eso, se aprovechan de ellos para ejercer á su sangrienta sombra actos vandálicos, crímenes comunes y cuanta clase de excesos puede sugerir la falta de orden y de justicia, tienen en sí mismas, la antipatía y el desprestigio.

No son los representantes de una idea los que se han puesto al frente, (no quiero citar sus nombres porque detesto las personalidades, por más que estas recaigan en personas á quienes la justicia reclama para responder ante los tribunales) de las casas incendiadas y robadas, de las haciendas perdidas, y de las familias hundidas en la miseria y la desgracia, pero en corroboración de lo espuesto, basta decirles á Vdes. que en un despreciable papelucho, (del que siento tener que ocuparme) desenvolvian sus descabelladas ideas de libertad y de emancipación, pintando en un estilo, que Blair calificaria de grosero, con los colores más vivos, con las tintas más repugnantes, depredaciones que

atribuían á las tropas españolas, actos injustos con que calumniaban á los tribunales, y otros despropósitos, digo mal, otros absurdos inconcebibles en toda persona humana. Para imbuir estas creencias entre los pocos incautos que involuntariamente los habian seguido, y aun entre los que á viva fuerza habian sido arrancados de sus hogares dejando abandonadas sus familias y yermos sus campos, les leían y hacian leer dos veces al día el mencionado papelucho (aludo á los periódicos *La Estrella de Cuba* y *El Cubano Libre* que se publicaban en Bayamo) á fin de que se grabasen en su imaginación tales patrañas y se despertase en los primeros la sed de venganza y pudiesen los segundos tranquilizar la voz de la conciencia que no podrá ménos de atormentarlos por su sin razón. (1)

Es tan distinto el efecto moral producido por una partida de sublevados que recorren una finca, y tales los desórdenes y destrozos que en ella causan, que comparada su conducta con el modo de proceder de un batallón que la casualidad ó el camino conduzca á ella, que sus habitantes anhelan, como ellos dicen, «ver tropa» pues es el único modo con que encuentran garantidas sus propiedades y respetadas sus vidas.

En otra ocasión tendré oportunidad de hablar con más extensión de los sublevados: he hecho un estudio especial de su constitución, y con gran

(1) En un documento firmado por uno de los cabecillas de la revolución aparece un artículo que dice así: «Art. 5º Todos los días enviará á la redacción del *Cubano Libre* á buscar dos números de este periódico que leerá y hará leer dos veces al día, á todos los individuos del ejército libertador.»

copia de datos demostraré á Vdes. que no era ni mucho ménos la felicidad, ni la independenciam de su país, lo que deseaban; á la puerta ya el desenlace del drama, verán Vdes. al final cual era la idea predominante del actor, que á sabiendas, lo convirtió en dolorosa tragedia que arranca lágrimas á millares de familias hundidas en la miseria y en la desgracia.

5 DE ENERO.—A las seis de la mañana se han dado las órdenes para emprender la marcha á las nueve. Suspendo mi relato hasta la noche que seguramente tendré material para llenar algunas cuartillas.

Después de un día sofocante y de haber tomado al enemigo dos fuertes trincheras á la bayoneta, llegamos á las cuatro de la tarde con un calor espantoso, al potrero Las Arenas.

El enemigo se nos presentó durante el día en todos las cejas de monte que atravesamos, pero siempre fué batido, y en vano trató de defender con calor una ventajosísima posición en que tenía colocada una trinchera, pues nuestros soldados se arrojaron á ella, como leones, á la bayoneta, sufriendo el fuego contrario, y fué puesto en precipitada fuga.

Las dos trincheras se hallaban formadas con gruesos troncos de caoba y cedro, que demostraban haber empleado largo tiempo en su colocación en aquel punto. El general dispuso se les diese fuego y se las inutilizase lo más que fuese posible.

A la llegada á Las Arenas tuvimos un disgusto general: el calor del día había sido insostenible, y S. E. se

hallaba congestionado. Era la mayor plaga que nos podía ocurrir; era la mayor angustia con que la Providencia podía abrumarnos. Un ejército lleno de entusiasmo y de resignación, sufría gustoso cuantas fatigas y privaciones le pudiesen sobrevenir, pero no tenía, y lo comprendo, valor suficiente para mirar tranquilo la enfermedad del general, en quien, no solo ellos, sino el mundo entero tienen hoy fija la vista y del que, puede decirse de lleno, pende el éxito de las operaciones. Gracias á los esmerados cuidados del Dr. Teixidó, logró calmarse la congestión, sin tener que apelar á la lanceta; y á las diez de la noche ya se hallaba S. E. más despejado.

Dios es justo: si por un momento nos hizo entrever la angustia y la situación en que pudimos habernos visto, hizo renacer en nuestro pecho la esperanza, y volvió á nuestros ánimos la tranquilidad, devolviendo la salud al general. Este fué uno de los muchos días que dormimos en campo raso.

Salimos al día siguiente á las 7 de la mañana del potrero Las Arenas en dirección al paso del Salado, y á las tres cuartas partes del camino hizo la columna un movimiento estratégico que todos ignorábamos, y que hasta los dos días no pudimos apreciar sus resultados. El paso del río Salado era uno de esos puntos estratégicos más bonitos para llevar á cabo una operación militar como la que simulamos.

El general firme siempre en su propósito, de desconcertar al enemigo y

desorientarlo con sus evoluciones, emprendió un movimiento sobre Holguín: continuamos por el camino de esa ciudad llamado el Boajato.

A la llegada al potrero, descubrieron los flanqueadores del regimiento de España, una partida de insurrectos que se hallaban en la casa preparados para comer su rancho, y se repitió la escena de Guaimaro: fueron puestos en precipitada fuga, y la tropa si bien no pudo utilizar esta comida, pues continuaba la marcha, se les cogieron varias armas, municiones y caballos. Dormimos á un tiro de bala de la casa, al raso, en una hondonada inmediata á un pozo, único que habíamos encontrado en todo el día: tal era la sed que nos acosaba con el polvo, el calor y el fuego del día, que en este pozo contemplamos nuestra delicia. El agua que contenia el pozo era muy poca, y tuvimos que repartirla á ración, no era la primera vez que sucedía.

Establecido el campamento se dedicó la tropa á cuidar el ganado y á cocinar sus ranchos: á las tres horas se había agotado el agua del pozo; en cambio las nubes nos la enviaron abundante á media noche, como si quisiesen refrescarnos de los calores del día, por más que no les agradeciésemos la atención.

7 DE ENERO.—Salimos de los terrenos del potrero, al amanecer, y con un día en extremo lluvioso; tuvimos algunos tiros que creimos serian de avanzadas enemigas antes de huir, los cuales pusieron bastante en peligro la vida del jefe de E. M. señor

Weyler, y del alférez de voluntarios su hermano, que van en la vanguardia, y llegamos sin novedad al potrero Naranjito, en donde pernoctamos. Este día fué muy escasa la ración por no haberse cogido reses.

8 DE ENERO.—He aquí uno de los días en que el ejército pacificador, agregó un nuevo timbre, una nueva corona de gloria á los lauros conquistados por nuestros mayores. Hermoso día, su recuerdo se hallará grabado en nuestra mente, como el de una época feliz de nuestra vida, por más que se hubiese hallado espuesta mil veces á un mortífero fuego de los enemigos.

La historia guardará en sus faustos una página en que con letras de oro grabará el nombre del general D. Blas de Villate Conde de Valmaseda: de ese hábil general y político consumado que con sin igual destreza supo guiar por entre vírgenes bosques y espesos montes, cubiertos de trincheras, un ejército que pendía de su voz, de su mirada: unos batallones que fiados en su táctica, y en su pericia militar, se dejaron conducir á ciegas al combate, y sin más que escuchar la voz de su caudillo, supieron arrebatar al enemigo todas sus enseñas y divisas de rebelion.

Permítanme Vdes. este desahogo: hace poco tiempo que pasó la acción que tuvo lugar este día, y escribo bajo la impresion que en mi alma han hecho los cadáveres de más de doscientos infelices, los regueros de sangre de mil víctimas del engaño y de

la falsedad, y la humeante aun de mis compañeros, de mis hermanos.

Aun me parece encontrarme entre aquella lluvia de plomo derretido: aun suenan en mi oído el estruendo del cañon, los vivas á la madre Patria dados por nuestros soldados, y contemplo entre ellos, al descubierto, la figura del General en jefe, solo, aislado, sobresaliendo entre todos; pues todos los oficiales de su cuartel general se liallaban, cargando los unos con su escolta al arma blanca al enemigo, y comunicando órdenes los otros, en los puntos de mayor peligro.

Pero he avanzado demasiado, y en mi calidad de narrador, voy á retroceder para dar á Vdes. pormenores, y describir con los mayores detalles que recuerde esta accion, acaso la más importante de cuantas hasta la fecha, habrán tenido lugar, como se podrá ver más adelante.

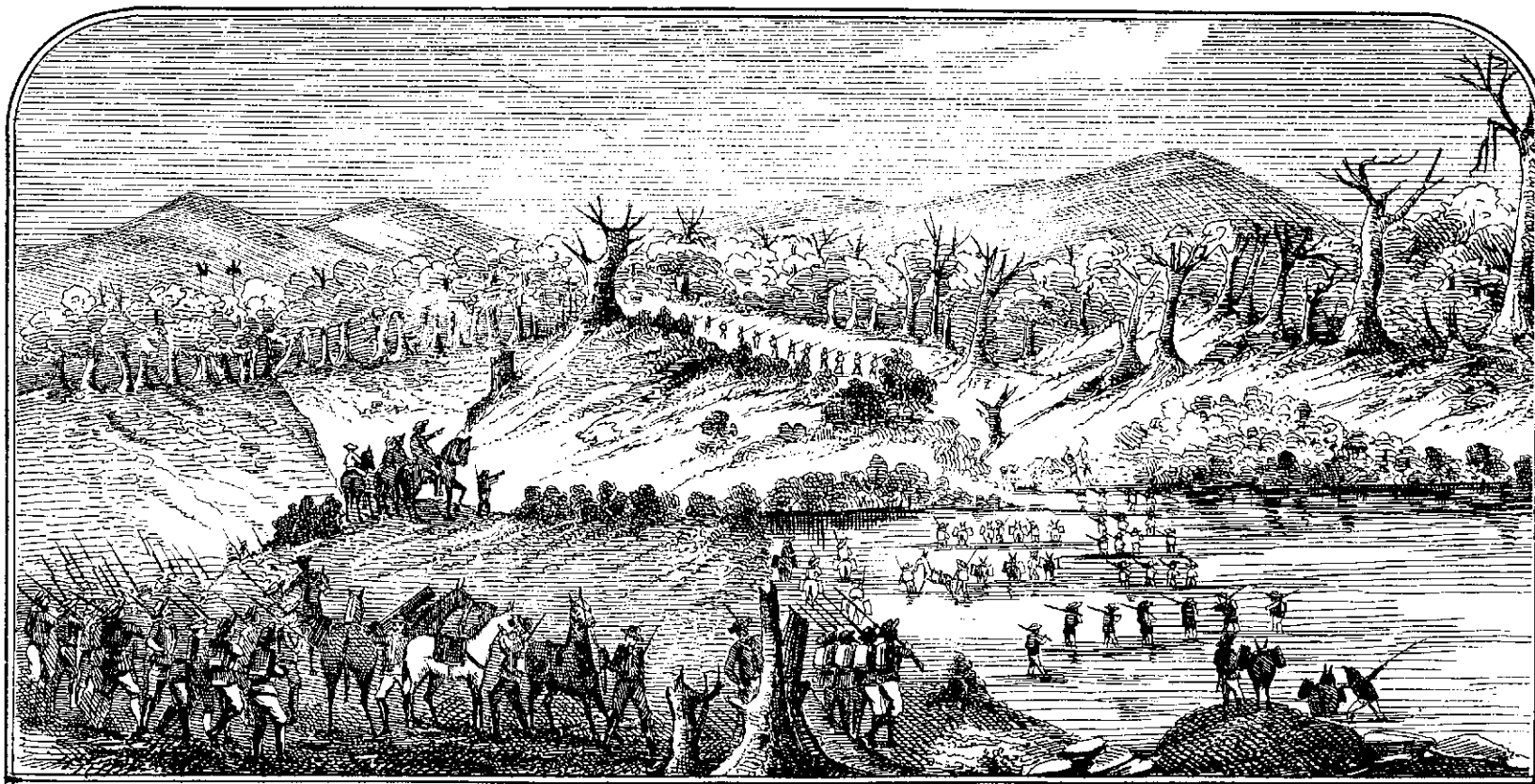
Salimos á las 8 de la mañana, de los terrenos del potrero Naranjito en donde habiamos pernoctado, con bastante apetito, pues el dia anterior no hubo carne suficiente, y para que comieramos algo, fué necesario matar algunos bueyes que teniamos en el convoy: emprendimos la marcha por una senda tan estrecha y cenagosa, que más bien parecia camino para cabras que para personas: los espinos que rebasaban de lo espeso del bosque nos rozaban la cara y las manos. El flanqueo de los costados lo componian este dia los voluntarios de Matanzas al mando del capitán D. Felipe Martinez, el ala izquierda: los cazadores de Bailen al mando del teniente D. Felipe de Esquerria, el ala dere-

cha: las reservas las constituian los cazadores de San Quintín al mando de Mendigurren, el ala izquierda: y los flanqueadores de España al mando de Campoamor, el ala derecha.

El flanqueo era dificultosísimo, lo que hacia que la marcha fuese muy pausada. Caminamos cinco horas y á la una avistamos la profunda cuenca que en este punto forma el rio del Salado. Momentos antes tuve ocasion de ver al comandante de E. M. Sr. Garrich, y escuchar comunicaba al teniente coronel Weyler, que como siempre iba en la vanguardia, la órden siguiente. «Weyler: el general me encarga diga á V. que si como él supone encontramos el enemigo, no permita V. que los soldados se arrojen á la bayoneta sobre él, ni ménos les mande V. tocar ataque, sin registrar por espacio de cuatro ó cinco minutos sus fuegos, pues las guerrillas podrian encontrarse solas con unas fuerzas cien veces superiores á ellas, y ocasionarnos su arrojo un disgusto.»

No perdí ni una sílaba de las palabras de esta órden, y es más, me chocó, que en el mismo momento saqué el lápiz y la apunté en mi cartera, tal cual la escribo en este momento. En ella veia la prevision del general, y en mi interior no podia ménos de aplaudirla, por más que mi inteligencia en el arte de la guerra sea escasa. Al divisar el rio del Salado nos pareció muy extraño no sentir los fuegos enemigos, en un punto tan estratégico é importante. Entonces comprendí el movimiento verificado sobre Holguin, y pude explicarme, los cambios de caminos que

INSURRECCION DE CUBA.—DIARIO DE UN TESTIGO POR T. FEYJOO



Est. Habana. Mercaderes 26.

PASO DEL RIO SALADO
POR LA COLUMNA DEL GENERAL CONDE DE VALMASEDA.

8 DE ENERO DE 1869.

observaba con tanta frecuencia: el enemigo habia sido burlado una vez mas por la estratégica habilidad del General. Celebré en el fondo de mi corazon su talento y el buen resultado de esta operacion; y al propio tiempo me refí interiormente, figurándome la ansiedad en que se encontraria el enemigo, esperándonos parapetado en otro punto para el paso del rio. Sin embargo S. E. que de todo se cuida y que todo lo prevé, ordenó que pasase inmediatamente la vanguardia con su artilleria, protegiendo su paso la seccion del centro; que tomasen las guerrillas posicion en el interior del monte, y se colocase la fuerza de manera, que en el caso de ser atacados, pudiese hallarse bien protegido el paso del rio, por el resto de la columna y el convoy.

El rio tiene por esta parte una cuenca profunda, pendiente y muy resbaladiza, tanto, que calculo su inclinacion en un 68 por 100. La subida es escabrosísima y mas pendiente aun, teniendo que bajar y subir los artilleros las piezas y cargas de municiones á hombros, por ser de todo punto imposible llegar á la cumbre con los mulos cargados: el rio tiene la profundidad por el sitio que lo atravesamos de unos 0, ^m 83 pero se aumenta esta, teniendo en cuenta que su fondo es cenagoso y se halla generalmente empantanado; su anchura por este paso es de 7 metros, arrastra un agua salitrosa y creo que insalubre, y sus márgenes son fangales que aumentan las dificultades del paso.

Cumplimentando lo dispuesto por el General, ordenó el jefe de E. M. que pasasen las guerrillas y sus reservas á tomar posicion á la orilla opuesta, que la seccion de artilleria de vanguardia con una compañía de proteccion, pasase tambien el rio y se situara en el centro del camino, y que la compañía de ingenieros, al mando del Sr. Comandante Portuondo y capitan Calderon, atravesase tambien el rio á fin de destruir los obstáculos que veiamos colocados en la cumbre del camino, los cuales pudimos divisar desde lo alto de la cuenca del rio. Así se efectuó: pasaron las guerrillas, sus reservas, la seccion de artilleria y la compañía de ingenieros, y despues de tomar, las primeras, una situacion dominante á la par que defensiva, comenzaron sus trabajos los ingenieros con una actividad extraordinaria, bajo la reconocida inteligencia del Sr. Portuondo; la operacion duró una hora, y se pudieron destruir las tres formidables trincheras, que con talas de gruesos árboles habian formado, ó mejor dicho, se trazó un nuevo camino, por donde pudiese atravesar la columna. Aquí se cumplió otra vez el razonamiento del General que decia: «el enemigo no puede adivinar el sitio por donde yo voy á pasar con mi columna el Salado, pero es de suponerse que haya obstruido todos los puntos de paso, con la idea de poderse correr con brevedad á estorbarme la operacion, si no la llevo á cabo inmediatamente en este punto, ya que no verifico el paso

por donde él se encuentra parapetado.» Con tan cuerdo modo de razonar, con tan acertado modo de mandar, y con soldados como los nuestros, no nos sorprenden los triunfos, los consideramos siempre seguros.

A la hora y media ya habia tomado buena posicion la vanguardia; habia pasado el cuartel general, y los ingenieros protegidos por el batallon de Bailen, que cerraba la retaguardia, se hallaban ocupados en desmontar los bordes de la cuenca, y en una palabra, en abrir un camino que permitiese atravesar el rio al resto de la columna; pues con el paso de una tercera parte de esta, se habian puesto la pendiente y subida tan resbaladizas y cenagosas que eran de todo punto imposibles la bajada y ascension, no ya del ganado, sino de los hombres.

En este intermedio y mientras la columna pasaba el rio, se hallaba el cuartel general descansando en un bohio, la seccion de artilleria á unos sesenta metros, y las guerrillas á unos 200, internadas, ó mejor dicho, emboscadas á ambos flancos en la espesura del bosque. Transcurrido un cuarto de hora, en cuyo intervalo llegaban á cada momento ayudantes á participar al general «ha pasado tal ó cual fuerza sin novedad.» Poco despues se dejó sentir un nutridísimo fuego en ambos flancos de la vanguardia. Otra vez mas se cumplia la profecia del General: el enemigo comprendió, aunque tarde, el punto por donde nuestras tropas verificaban el paso del Salado, y como suele decirse, á uña de caba-

llo, venia á estorbarlo en número de 4,000 hombres, segun supimos luego en Bayamo por nuestros prisioneros rescatados. Pero, ¡cuan cara le costó al enemigo su arrogancia, y cuan dolorosa les habrá sido su temeridad! Nuestras guerrillas, que de órden del General se hallaban como he dicho emboscadas en el monte, apenas los vieron desembocar en una sabanita llamada la *Caridad*, comenzaron un fuego tan nutrido sobre él, que causaba horror al mas valiente. Figúrense Vdes. el desconcierto de una columna que marchando á banderas desplegadas con objeto de estorbar á nuestras tropas el paso dificultosísimo de un rio, se encuentra con que ellas se lo estorban; no se lo que sentirian nuestros contrarios en aquel momento, pero creo que habian perdido hasta la vista, para buscar refugio del fuego de nuestras guerrillas. A los diez minutos no se veia un rebelde; todos se habian escondido en el bosque, dejando el campo cubierto de cadáveres, y teñida de sangre la tierra. Su número les daba arrogancia, pues como no veian el resto de nuestra columna, se figuraban triunfar, aun á costa de perder la mitad de su gente: pero ¡necia pretension! El General que llegó en aquel momento ordenó la accion de un modo que no podia ménos de dar los resultados que obtuvimos.

Reforzadas las guerrillas por sus reservas, y desplegadas las alas en una estension de mas de 500 metros con nuevas guerrillas, colocó la seccion de artilleria de vanguardia, car-

gada á metralla, avanzada y dando frente al boquete que desembocaba en la sabanita: la compañía de protección formaba dos secciones en batalla, y dos compañías mas, una á cada lado del camino. Entónces las guerrillas de los flancos comenzaron el ataque de nuevo.

Momento solemne era aquel: el enemigo fiado en su número, estendía una línea de fuego, que ocupaba desde el río hasta la Caridad, donde se encontraba la vanguardia con el grueso de su fuerza: nuestras tropas respondían á sus fuegos y parecía aquello un concierto infernal; era necesario poder multiplicarse para escuchar los desacordes sonidos de tantas armas de fuego, desde la vanguardia hasta la retaguardia; cada cinco minutos se daban cargas á la bayoneta, en que á los gritos de ¡viva España!, iban en busca del peligro, serenos y frente á frente á sus adversarios. Hubo episodios y actos de valor que merecen ser legados á la historia, para demostrar que en todo tiempo, los hijos de la noble Iberia son los bravos que supieron sepultarse entre los escombros de Numancia y de Sagunto.

En las diferentes cargas á la bayoneta dadas por los bravos voluntarios de Matanzas, tomaron al enemigo dos banderas, las dos divisas de su rebelion, que ostentaban orgullosos, como si aunque las colocáran en la boca de un cañon no hubiese soldados capaces de arrebátárselas.

En otras, matáron muchos enemigos é hicieron noblemente prisioneros,

á los que hincados de rodillas pedían gracia de la vida, rindiéndose á discrecion.

Asi pasó media hora: hubo un momento terrible, á la par que doloroso; perdido y acosado el enemigo por todas partes, muertos uno de sus principales jefes, en una carga á la bayoneta, y un titulado ayudante del tambien titulado general Donato Mármol, que mandaba la accion, no veían escape de tan estensas y bien combinadas líneas de fuego. En un momento en que se paralizáron estos por ambas partes, apareció en el callejon que desemboca en la primera sabanita, un grupo compuesto de unos seiscientos á setecientos negros, con bandera blanca, pidiendo perdon. La idea de la venganza desapareció en aquel momento de todos los corazones: teníamos á estos infelices delante de dos cañones cargados á metralla, que se hallaban apuntando á ellos, y sin embargo uno de esos arrebatos que no es posible contener, uno de esos razgos de generosidad tan comunes en el alma española, hizo que los oficiales del cuartel general, capitan D. Ricardo de Guzman el Bueno, capitan D. Arturo Carreras, teniente D. Manuel del Saz Caballero y el alferez D. Santiago Diaz Ceballos, con otros dos de voluntarios, cuyos nombres no recuerdo, (1) se arrojasen confiados en medio de esa turba inmensa armada de machetes,

(1) Por una honrosa modestia del autor, no se menciona, aunque sabemos se en contraba en este peligro.
—Nota de la R.

picas, lanzas y otras armas informes, y con la mayor nobleza estrechasen sus manos y hasta los abrazasen, los que estaban pié á tierra, ordenándoles dejasen en el suelo las armas para presentarlos al General, que fuera de sí, preveyendo lo que iba á suceder, gritaba con energia «atras todo el mundo,» cuyos gritos no eran oidos por los mencionados oficiales y algunos soldados que se hallaban mezclados tambien entre esta muchedumbre de negros.

Algunos blancos y negros habian ya soltado las armas, cuando una parte de la fuerza enemiga, fiada sin duda en la muralla de carne humana que tenia delante, hizo una descarga, que algunos suponen estaba convenida con los negros presentados, que se hecharon en tierra antes de la descarga: entónces se introdujo entre ellos mismos un desórden espantoso. ¡Traicion! gritáron los nuestros, arremetiendo furiosos contra ellos, al propio tiempo que las guerrillas de los flancos hacian fuego sobre los que huian. El General no cesaba de gritar; en aquel instante ví atravesado de un balazo el brazo derecho del capitan D. Ricardo de Guzman; al teniente D. Manuel Caballero, caer del caballo al que le cortaron las riendas saltándole un ojo de un machetazo; abriéndose paso intrépidamente con sable en mano, entre la lluvia de machetazos, al capitan D. Arturo Carreras, y el alférez D. Santiago Diaz Ceballos, á los que consideraba víctimas de su arrojo á la par que de la

buena intencion con que se habian colocado en tan inminente peligro. Seguí contemplando en los cortos minutos que duró esta escena pero no pude ver dos compañías que el General tenia detras de las piezas arrojarse de su órden intrépidas sobre el enemigo y dejando cubierto de cadáveres el campo ponerlos en precipitada fuga hácia el monte. Se curó de primera intencion al jóven y valiente capitan Guzman interin seguia el fuego y entónces pude ver con una alegria indescriptible que el capitan Carreras y el alférez Ceballos habian salido ilesos de la refriega, sacando solo el teniente Caballero un machetazo en el sombrero con tal brio, que á no haber caido en aquel momento del caballo, por haber sido este herido de otro machetazo, seguramente no lo hubiera contado. Hubo en ella tambien cuatro heridos de los pocos soldados que se hallaban en el sitio, y gracias al cuidado del General no fueron los citados oficiales víctimas de su temerario arrojo, pues ó bien por el fuego enemigo ó por el de nuestras tropas estuvo á pique de suceder.

Los gritos del General que no sé si por suerte ó por desgracia, no fueron oidos, tenian por objeto hacer retirar á todo el mundo de delante de los cañones cargados á metralla, hacer llegar á 80 ó 100 pasos la negrada, y si allí posaba las armas admitirla entre nuestras filas, y en caso contrario disparar los cañones sobre ellos: no sé cual fué mejor, pues si esto hubiera suce-

dido, la carnicería hubiera sido horrorosa y hubieran perecido cientos de infelices que efectivamente su ánimo era pasarse á nuestras tropas, como lo habian verificado antes cuatro ó seis y lo verificaron posteriormente 60 mas. Pero el enemigo que los traía como vulgarmente suele decirse «de carnada,» pues en su mayor parte eran negros arrebatados á los ingenios y cafetales de Cuba, los colocó por delante, sin duda con idea de introducir el desorden en nuestras filas, cuyo cálculo le salió completamente errado. Siguió el fuego de los flancos algunos disparos de artillería y nutrido de las dos compañías armadas de fusil Peabody que habian cargado sobre ellos, y en esta carga en que iba á la cabeza el Teniente Coronel jefe de E. M. Sr. Weyler, y su hermano el alférez D. Fernando, tuve ocasion de ver una vez mas su arrojo é intrepidez al frente del enemigo. Con tal brio y orden se dió esta carga, que las tropas avanzaron ganando terreno haciendo fuego un largo trecho. A la media hora los enemigos habian abandonado completamente el campo dejándolo cubierto de cadáveres y esparcidas infinidad de armas que fueron recojidas é inutilizadas por los artilleros. Serian entónces las cinco de la tarde y apenas quedaba tiempo para acampar, por cuyo motivo no pudo ser reconocido el campo, pero el día fué terrible para el enemigo, pues por alto, contados por algunos curiosos, se vieron en las dos sabanitas fuera del monte ciento cuarenta cadáveres, lo

que nos hace creer que el fuego hecho dentro de los montes y en las diferentes cargas á la bayoneta dadas por nuestros soldados, deben haber causado otros tantos sin contar el sin número de heridos cuyo rastro encontramos como verán Vdes. mas adelante.

Nuestras pérdidas consistieron en dos oficiales heridos, que fueron el Capitan Guzman y el Teniente que mandaba los flanqueadores del ala derecha, de los cuales el primero perdió el brazo y el segundo falleció invadido del tétano y algunos individuos de tropa heridos.

Eran las siete de la noche y ya se hallaba establecido el campamento. Sonaban continuamente tiros en las avanzadas y al irnos á enterar de los motivos de ellos veíamos que los centinelas hacian fuego sobre bultos que distinguian en el monte y que á la voz del «quien vive» respondian «Cuba libre.» Toda la noche fué un continuo tiroteo: los enemigos con la derrota del día anterior se hallaban dispersos y estraviados por los montes y algunos se presentaron en nuestro campamento creyendo que era el suyo. Todo el día anterior habiamos estado haciendo fuego: los soldados sin alimento y lo que es mas sin agua en el campamento. A una media legua habia un pozo que la tenia abundante, pero los negros y prisioneros que teniamos de la accion del día anterior, se resistieron á beberla diciendo que los suyos le habian dicho que nosotros la habiamos envenenado, motivo que nos

hizo creer que estaba envenenada por ellos con el siniestro fin de que nuestras tropas pereciesen víctimas de su infamia.

Se hizo un breve análisis por los Doctores Teixidó y Zaragoza y opinaron que no se permitiese su uso, de manera que el alimento de nuestros soldados, despues de tan penoso dia de fatiga, fué un pedazo de carne de buey asado sobre las brasas sin grasa ni condimento de ninguna especie.

Se estableció el hospital provisional y se comenzaron á curar nuestros heridos. Dolorosa escena que teniamos que presenciar despues de un dia de tanta gloria, despues de un triunfo tan completo obtenido sobre nuestros enemigos.

La escena mas dolorosa fué la inmediata amputacion del brazo derecho del Capitan Guzman, y hoy que la recuerdo aun como si la estuviera viendo, admiro su valor y su serenidad.

Despues de haber acordado todos los Doctores en junta la amputacion, se encargó de preparar al herido su mejor amigo el Teniente Coronel D. Luis Portero y con la arrogancia digna de un Guzman el Bueno exclamó: «que corten lo que quieran, que mientras me quede un brazo aun podré empuñar una espada para combatir á los enemigos de nuestra patria.» No me sorprendieron estas palabras en el jóven Capitan Guzman, pues conocia su temple de hierro y solo si sentia ver desaparecer del ejér-

cito en donde acaso le estuvieran reservados algunos dias de gloria un valiente oficial que tanto en el bufete (1) con la pluma en la mano, como en el campo del honor supo honrar el uniforme que vestia.

La patria que no es ingrata con aquellos de sus hijos que saben sacrificar su vida y sufrir toda clase de privaciones y fatigas en aras del deber estoy seguro verá siempre en Guzman un jóven soldado inútil sí para la guerra, pero en aptitud de servir con la honradez con que lo ha hecho en el ejército, cualquier cargo de la carrera civil.

Se curó despues de la amputacion á Esquerra que tenia un balazo en el pecho, y se curaron al propio tiempo los demas heridos con harto trabajo, pues como anteriormente he dicho careciamos de agua y se habia agotado durante la accion, la que preventivamente traen los botiquines, y gracias á que sabido por los soldados de los batallones se privaron todos los que tenian algunas gotas de ella en sus botijos y se pudo reunir aunque poca, por lo menos la mas indispensable para las curas.

Como he dicho á Vdes. toda la noche pasó en un continuo tiroteo y á la mañana siguiente.

9 DE ENERO.—Reconocido el campo aparecieron algunos muertos mas, hechos por nuestras avanzadas.

Emprendimos la marcha ese dia á

(1) Fué director de «La Revista» y de «La España militar,» en cuyas publicaciones acreditó diferentes veces su vasta instruccion militar.

las siete de la mañana destruyendo, ó mejor dicho desechando 19 trincheras ó talas de árboles con que se hallaba obstruido el paso y entónces pudimos apreciar mejor el desórden que la accion del dia anterior habia producido en los enemigos: do quiera veíamos ropas ensangrentadas, picas, machetes y otras armas regadas y tantos eran los rastros que dejaron en su desordenada fuga, que dijo con gracia uno de los prácticos «Lo que es yo hoy; puedo retirarme á retaguardia pues ellos le enseñan á Vdes. el camino que han de seguir.»

Los prisioneros y presentados del dia anterior conducian nuestros heridos en camillas á brazo como habian venido conducidos desde las acciones anteriores por nuestros camilleros.

Seguimos la marcha sin haber disparado mas que cuatro ó seis tiros á una avanzada enemiga oculta en un bosque y siempre el mismo rastro de sangre ropas y armas. A la una de la mañana llegamos á Cauto el paso donde el enemigo rehecho en cuanto le fué posible del descalabro del dia anterior nos esperaba atrincherado en la orilla izquierda del rio que suponiamos á pasar de momento. No era este el ánimo del General: y en el momento de la llegada se prolongaron las guerrillas como un kilómetro á lo largo del rio y situadas convenientemente cuatro piezas de artilleria se rompió el fuego á la vez. Era de todo punto imposible sostener mucho tiempo una posicion por ventaja que fuese bajo la lluvia de fuego

que hacian nuestros soldados y artilleros. Era tan acertada la punteria de los oficiales de artilleria, que las granadas de corto tiempo, por la poca distancia á que se encontraba el enemigo, reventaban produciendo el eco del primer estampido del cañon. Una de ellas dirigida por el teniente Molina en el momento de querer pasar el rio en una chalana multitud de insurrectos, echó á pique la chalana á la orilla del rio produciendo el desórden que es consiguiente entre ellos del que se aprovechaban las compañías de cazadores para dirigir acertadamente sus fuegos.

Era una accion bonita por todos conceptos: si la posicion del enemigo del otro lado del rio era ventajosísima y orgulloso nos esperaba fiado en ella, pronto nuestros cañones les demostraron que ante su fuego mortifero y certero no hay trincheras ni posiciones capaces de detener nuestro paso.

Siguió el fuego por espacio de media hora en la que el teniente coronel Correa, comandante de artilleria de la columna, recorria todas las piezas y apuntando unas y dirigiendo otras corria de extremo á extremo del fuego llegando siempre á tiempo de hacer un flaco servicio al enemigo.

Al cabo de este tiempo, comprendiendo este Sr. que lejos de auventarse el enemigo se habia guarecido y parapetado detras de las trincheras formadas en lo espeso del bosque que forma la orilla del rio, comenzó á enviarles rociadas de metralla con tal acierto, que en breve cedió de posicion

y permitió sin hacer un disparo que nuestra caballería bajase á dar agua al río, así como que la infantería se proveyese de la que necesitaba.

Cauto el paso es otro de los puntos estratégicos sobre los que pensaba operar el General; y á fé que el paso de este río por cualquiera de sus vados ó puntos navegables es una de las operaciones militares más difíciles que pueden llevarse á cabo en este país.

El río Cauto es el más caudaloso de cuantos recorren la isla de Cuba: cualquiera de los puntos porque se atravesase, si hay enemigos que traten de estorbarlo, tienen en su favor ventajasísimas posiciones difíciles de tomar. Cauto el paso es el único punto vadeable que tiene el río, y esto en épocas determinadas y con excelentes prácticos que conozcan fijamente el vado. Cauto el embarcadero, tiene más ventajas para tomarlo, pero para alcanzar su posición es menester una chalana, ó balsa en que poder atravesarlo.

Cauto el Cristo es otro paso del Río y el Guamo otro mejor que ninguno, por admitir barcos de algún calado; por último el Cauto es la llave de Bayamo por el camino que traía la columna del Conde de Valmaseda y era menester pasarlo.

Pero aquí entran las dificultades: ¿qué punto se elegiría para pasar el río? La razón natural nos decía á todos que Cauto el paso: ¿Para qué si no habíamos venido á este punto y derrotado al enemigo en el Saladi-

llo? para que sino se hallaban los ingenieros afanosos trabajando con ahínco? ¿para qué se había construido una trinchera? Todo demostraba á las claras que nos preparábamos para pasar el río.

Pero voy á retroceder para no alterar el orden de los sucesos.

Desde el momento en que apagaron nuestros cañones los fuegos enemigos estableció el General como de costumbre el campamento. Detalló ó señaló á cada cuerpo la posición que debía ocupar, eligió la mejor y más ventilada casa para hospital, retirándose luego á su alojamiento.

¡Pero cual fué su sorpresa al entrar en él! Instintivamente detuvo el apearse del caballo al ver á los asistentes entretenidos en sacar serones ensangrentados hasta un número considerable. Yo á quien la curiosidad atrajo á aquel sitio pude ver convertido aquello en una zahurda hospitalaria permítaseme la frase: los despojos de los heridos se hallaban por todas partes indicándonos su permanencia en aquel punto. Los forros de los pocos catres que había en la casa, estaban ensangrentados y do quiera encontrábamos huellas desgarradoras que traían á nuestra imaginación el recuerdo del día anterior.

Después de asear en cuanto fué posible aquel sitio se alojó en él el General: era una casa que había sido bodega y pertenecía á uno de los principales cabecillas.

Inmediatamente ordenó la manera y forma en que se había de prestar el

servicio, pues el enemigo comenzaba á hostilizarnos de nuevo. Para que Vds. no me tachén de pesado hablando de este día, les diré que todo el tiempo que permanecimos en Cauto el paso fué una completa acción, en la que no pararon de hacer fuego nuestras tropas contestando al del enemigo.

Yo no estaba cansado: la jornada habia sido corta y tenia deseos de curiosear. En mi calidad de aficionado á la guerra se me permitia acercarme á todas partes y verlo todo.

Recorrí los campamentos de todos los cuerpos y en todos ellos el tema de la conversacion general era, entre los oficiales el paso del rio y entre la tropa contar sus hazañas del día anterior. Una y otra conversacion me eran agradables, pues en la primera me cercioraba una vez mas de la ciega confianza que todos tenían en el General y en la segunda admiraba la frescura con que los soldados hablaban de los peligros pasados y del triunfo obtenido, dándoles su conversacion motivo para cuentos y risotadas.

Es el carácter del soldado español: ese hombre que en la pelea se convierte en una máquina de precision que obedece al sonido de una corneta, y que avanza ó retrocede segun esta se lo indica: que sobrelleva lo mismo las fatigas de una campaña que las comodidades de una guarnicion; que come si encuentra que comer que se bate bien siempre que encuentra enemigos: que es generoso y noble

con ellos, sumiso y obediente con sus Jefes, cariñoso y caritativo con sus compañeros, ese es el soldado español.

Si no fuesen tantas las pruebas que de su nobleza y generosidad tiene dadas yo me detendria en citar á Vds. algunas que hablan muy alto en favor de la disciplina y educacion militar que posée: pero las habladurias y embustes propalados por sus enemigos no merecen ni aun el honor de la contestacion.

Los oficiales como he dicho se ocupaban del paso del rio; unos decian que debió haber pasado un batallon á tomar posicion en el momento de haber sido apagados los fuegos enemigos, mientras que otros, opinaban que debia haber pasado toda la columna: eran tantos los pareceres que todos anhelaban saber la resolucion del General.

A la tarde ya no nos quedaba duda de ella: los Ingenieros bajo la direccion del Sr. Comandante Portuondo habian construido una especie de parapeto ó trinchera á la orilla del rio, y á cubierto de ella se hallaban ocupados en construir una chalana: ¿para qué era? La contestacion era la satisfaccion de nuestros deseos.

Llegó el día siguiente. Todo el mundo sabia que se iba á pasar el rio: los enemigos estaban al habla con nuestros soldados y les prodigaban groseros é insultantes epítetos á la par que les enviaban frecuentes descargas, á las que los nuestros cometian la descortesia de contestar.

Pero el carácter que tenemos los españoles es indudablemente muy veleidoso y ya la impaciencia empezaba á notarse en todos los semblantes; ¿cuando pasamos? era el saludo con que se estrechaban la mano dos oficiales; ¿qué hay de marcha? era la pregunta que á todas horas se hacian unos á otros con una curiosidad llena de deseos. La respuesta no era dudosa.

—«Cuando los ingenieros concluyan la chalana.»

—Pero hombre tardarán dos dias; yo conozco que trabajan bien, pero es poca gente y los enemigos que están viendo los preparativos aumentarán nuevos obstáculos y se reunirán en número mas considerable para atacarnos.

—Naturalmente, replicaba otro, con hoy casi hace dos dias que estamos en esta, y á lo que voy viendo llevamos trazas de estar un dia mas: con este tiempo tienen sobra para amontonar gente y probar fortuna, á ver si se cobran del descabro que han sufrido en el Saladillo. Un soldado de mi compañía me contaba que le habian estado gritando los enemigos de la orilla opuesta mil insultos de los que ellos acostumbran, y que por último le dijeron:

—«Pasar el rio *patones* que aquí los esperamos 6,000 defensores de la libertad, (del robo esclamé yo al oirlo) dispuestos á no dejar uno vivo.»

Otros le decian:

—«Si pasaran el rio tomarian á Bayamo, pero como no lo pasarán.....

¡Insensatos! como si no tuviesen

hartas pruebas de que no hay obstáculos, trincheras ni enemigos capaces de detenernos en nuestro camino! Como si no tuviéramos nosotros hartas muestras de lo que son y de lo que pueden ser nuestros soldados!

Si al abrigo de la espesura de los montes se emboscán para asesinar nuestras tropas, el soldado cual práctico cazador les sale al encuentro en su propia guarida.

Si la naturaleza les brinda suficiente material para la construccion de sus trincheras y defensas, nuestras bayonetas los arrojan de ellas haciendo infructuoso su trabajo.

Si nos arrojan colmenas en el camino y nos envenenan el agua, el Ser Supremo que conoce la justicia de nuestra causa, nos preserva de sus infames ardides.

Los bosques, el calor, la sed, el hambre, el fuego, todo les favorece en sus maquiavélicos planes de bandidaje, pero todo se estrella ante la firmeza, constancia, valor y abnegacion de nuestras tropas.

Si un dia pudieron hacerse la ilusion de que realizarian sus descabellados planes de gobierno, con los que trataban de halagar, para coger en sus redes, á los sencillos campesinos que cifran su ventura en la fertilidad de sus campos y en el hogar de la familia, nuestros soldados les arrancaron la hipócrita máscara con que ocultaban sus siniestros fines y anticiparon el desenlace de las dolorosas escenas con que dieron fin á sus vandálicos hechos.

Pero no es este el momento de ocuparme de los enemigos, tiempo sobrado tendré para hacerlo á la terminacion de este diario; reanudo mi relato.

Seguian la conversacion nuestros oficiales, replicando uno de ellos al oír el dicho de los enemigos.

—Ya ves tú que si seguimos aquí mucho tiempo, reunirán todas sus fuerzas y nos causarán muchas mas bajas, lo que nos haria mas trabajosa y pesada nuestra marcha.

—Dejarlos que se junten esclamaba un viejo y veterano oficial: asi acabaremos de una vez con esa turba de foragidos y volverá la Isla á florecer y gozar de la tranquilidad que siempre ha disfrutado.

No faltaba quien preguntase si no habia medio de llegar á Bayamo sin pasar el Cauto, y en fin si fuese á contarles á Vds. las conjeturas, los proyectos y suposiciones que oí, tendria material para largos diálogos: al dia siguiente se habia cumplido la profecia de la generalidad; el enemigo se habia aumentado y nos hacia fuego sin cesar. Los cazadores todo el dia estuvieron respondiendo á sus fuegos y los artilleros si alguna vez los encontraban á tiro, les enviaban una andanada que les causaba innumerables bajas.

Llegó la tarde: la chalana estaba concluida y segun manifestacion del Comandante de Ingenieros en estado de flotar: yo me hallaba en el Cuartel General procurando como suele decirse oler noticias, cuando esto suce-

dió: el General oía sonriente los pareceres de varios jefes sobre el rio, nuestras ventajas y las de los enemigos, y cuando fué invitado por el Sr. Portuondo para pasar á verla le contestó que luego iria. Anocheció y por la plaza pululaban de paseo multitud de jefes y oficiales: el General se habia encerrado con su jefe de E. M. Die:ron las seis, las siete, eran cerca de las ocho y ya la impaciencia no podia ser mayor ¿qué haciamos? ¿en qué pensábamos? El corneta del Cuartel General nos sacó pronto de dudas: sonó el toque de órden general: nunca los ayudantes acudieron mas pronto á recibirla.

«Que para las siete de la mañana esté todo el mundo dispuesto para marchar, y que con silencio se hagan los preparativos para pasar el rio.»

Pues señor salimos del paso.

—¿A dónde vamos?

—A Bayamo.

—¿Y tenemos que pasar el rio?

—Es de necesidad.

—Luego la marcha á que alude la órden general que acabamos de recibir no tiene otro objeto. Este fué el razonamiento que la generalidad nos hicimos.

Llegó la mañana, se tocó llamada, golpes y marcha. ¿Qué era eso? ¿A dónde íbamos?

Pronto salimos de dudas: emprendimos la marcha por el camino de la orilla del rio, aunque un tanto replegadas las guerillas de España que iban en el ala izquierda.

Seguimos andando y á las tres ho-

ras de camino, de conjeturas y suposiciones, nos encontramos á un kilómetro de «Cauto el embarcadero.»

No puedo decirles á Vds. el estu- por que esto nos causó: hoy que lo comprendo, admiro y decanto esta notable estratagema del Conde de Valmaseda, pero entón- ces no se hallaba á mi alcance.

Yo iba en la vanguardia al lado del Jefe de E. M. y con la calma y serenidad que le es característica le ví ordenar el ataque; (después supe que lo había estudiado á solas con el General) se reforzaron las guerrillas del ala derecha corriéndose sobre la curva que forma el río por este punto; avanzaron las dos piezas de artillería de la sección del centro á reforzar las de vanguardia; se tendieron los batallones de España y Bailen poco menos que formados en batalla dando frente al cañaveral de la parte opuesta del río á la esquina del camino y los Cazadores de San Quintín y Voluntarios de Matanzas que formaban la vanguardia del ala derecha, tomaron en breve posición al frente del río.

El enemigo que había otra vez comprendido tarde nuestra evolución se apiñaba y rebullía en el cañaveral: no nos tenía aun á tiro.

En cambio nosotros lo teníamos á él: pero faltaba la orden de atacar.

Nuestros soldados estaban impacientes.

Yo los contemplaba lleno de emoción: me agradaba aquel instante de ansiedad.

Cual fieros y entendidos reñidores,

acariciaban la garganta de su fusil, tocaban con el dedo la punta de la bayoneta y debía causarles su contacto un estremecimiento de placer.

Comenzaron á silbar las balas enemigas al propio tiempo que divisamos la fuerte trinchera que tenían en el lado opuesto del río. El General estaba como siempre sereno é imperturbable: dirigía con los anteojos su vista á todas partes y en su semblante se revelaba el fuego sacrosanto del amor patrio que en aquel momento ardía en su pecho.

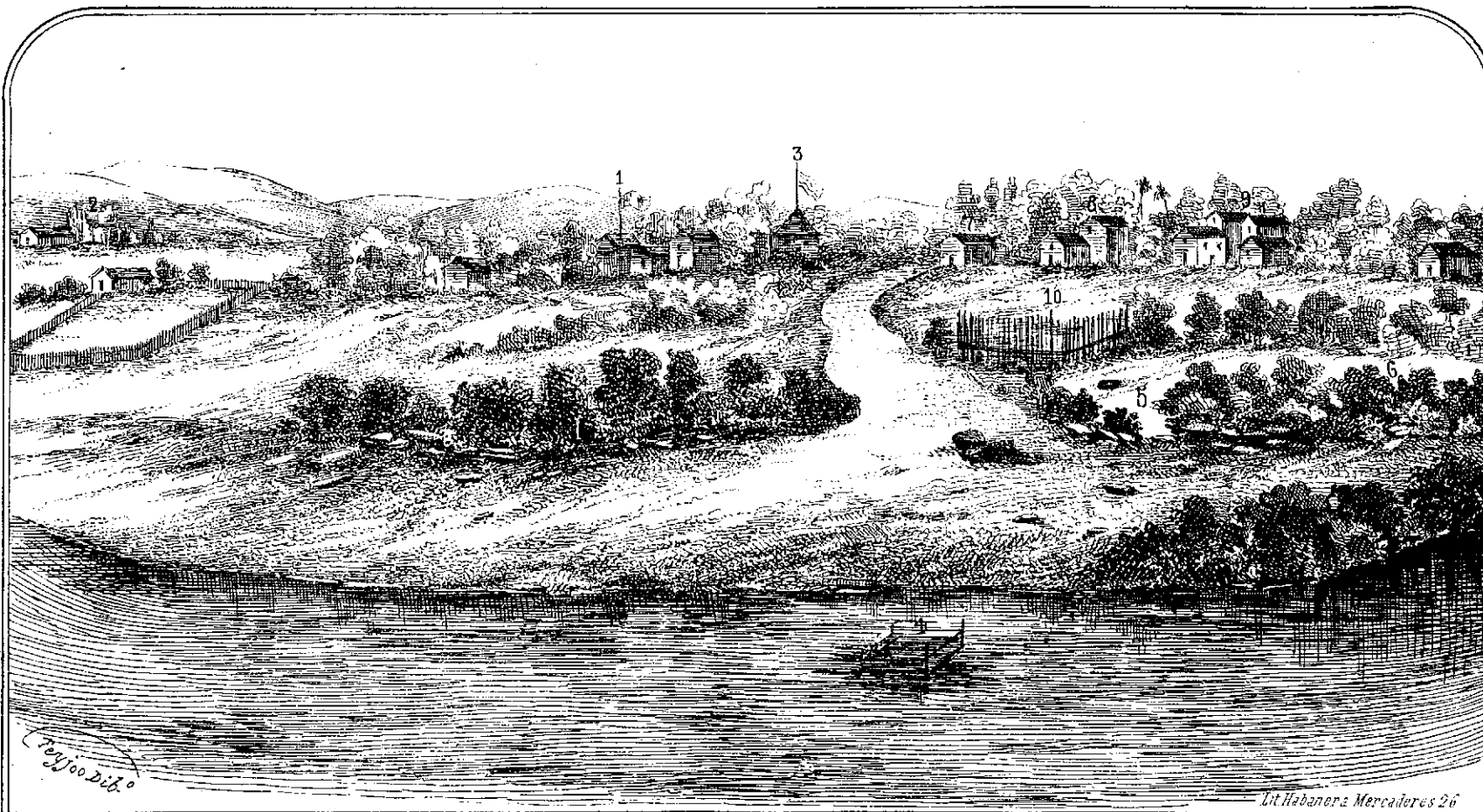
A sus labios parecía asomar la sonrisa satisfactoria del jugador de ajedrez que observa las jugadas seguro del mate de su contrario.

Todos lo contemplaban anhelantes: seguían las piezas arrastradas, las compañías avanzaban en la situación en que habían sido colocadas y esta escena que duró los minutos que tardamos en atravesar más de medio kilómetro que nos acercaba al enemigo, sufrimos aunque sin resultados los fuegos que en su impericia nos dirigía.

Sonó la voz de ataque dada por el General, el eco agudo de su corneta de órdenes, vibró sonoro y penetrante en toda la columna, las de los batallones lo repitieron presurosas y entón- ces salimos de la ansiedad en que nos encontrábamos.

Rompió el fuego la artillería sobre las casas donde se hallaban parapetados los enemigos, los flaqueos de vanguardia sobre las que dominaban la orilla del río, los cazadores de Bailen

INSURRECCION DE CUBA.—DIARIO DE UN TESTIGO POR T. FEYJOO.



TOMA DE CAUTO EL EMBARCADERO
POR LAS TROPAS DEL GENERAL CONDE DE VALMASEDA.

ESPLICACION.

1. Cuartel de los insurrectos.
2. Finca en donde tenían los heridos del Saladillo.
3. Casa donde situó el Conde su cuartel General, despues de la toma.
4. Situacion de la chalana en el rio
5. y 6. Cañaverales y bosques ocupados por el enemigo.
7. 8. y 9. Casas en que se hallaba fortificado el enemigo.
10. Trinchera cubierta, de donde hacian fuego sobre los valientes que tomaron la balsa á uado.

con los de España sobre el ala derecha frente al cañaveral y empezó les aseguro á Vds. un espectáculo grandioso.

No parecía una acción de guerra; nadie se imaginaba que este día se fallaba por el Juez Supremo la mala causa de nuestros contrarios: solo el General sabía que decidía en aquel momento la suerte futura de la isla de Cuba: ó paz y tranquilidad para ella, ó la guerra con todos sus horrores.

Parecía que nuestras tropas se hallaban en un simulacro: su perfecta formación, su calma para cargar y apuntar, todo nos hacía suponer no era una importante y peligrosa función de guerra á la que asistíamos, sino un ejercicio de fuego en donde Jefes, oficiales y tropa querían demostrar á porfía sus conocimientos tácticos.

Era un fuego horroroso el que partía de nuestras filas: era una puntería demasiado certera la de nuestras granadas, que reventaban dentro de las mismas trincheras y casas donde se hallaban parapetados los enemigos.

Debían encontrarse estos muy desalentados: debían haber perdido ese orgullo insensato que fundan en su número y en las defensas que la naturaleza les facilita.

De ellas se aprovecharon para resistir el fuego por espacio de media hora: no era posible sufrir más tiempo. El General se había apeado del caballo y no sé si por su reconocida acción á tirar, y su certera puntería ó

por un arrebató de entusiasmo, apuntaba los disparos de una pieza, con tal acierto que cada disparo era un ¡bravo! y un viva á nuestra querida España lanzado por nuestros soldados, pues caía y reventaba la granada en el sitio que él trataba de dominar.

Correa, el Comandante de artillería de la columna apuntaba otras piezas con el Capitán Pozo y el Teniente Molina de las que se hallaban avanzadas en la extrema vanguardia. Continuaba al propio tiempo el fuego sobre el costado izquierdo frente al cañaveral y por su parte las fuerzas que cerraban la retaguardia pertenecientes al batallón de Bailén hacían también un nutrido fuego sobre este punto.

No podía prolongarse la situación: acababa de reventar una granada en la misma trinchera que se hallaba á la orilla opuesta del río inmediata á la chalana que sujeta con sogas si bien echada á pique flotaba aun en la orilla.

Mendiguren que con sus flanqueadores no dejaba respirar al enemigo, el cual apenas osaba asomarse á una ventana veía al momento cien tiros rebotar en ella; pidió permiso al General para pasar el río, y seguido de sus bravos soldados y de los aficionados Gómez y Presilla, se arrojó al agua á ganar la orilla opuesta del río sin embargo de continuar aun el fuego enemigo.

Los voluntarios por otra parte al mando de Martínez, se arrojaron al agua á ganar la extrema derecha de la

orilla opuesta del río, y mientras ellos cortaban atrevidos su rápida corriente, el resto de la columna cuyos tiros escuchaban, parecía decirles, «adelante, que ante nuestra certera puntería ninguno osará estorbaros el paso.» Efectivamente este era el instante en que el fuego era más sostenido: seis piezas de artillería alternaban en sus disparos: el fuego de fusilería no tenía intervalo alguno y á cubierto de ellas ganaron á nado nuestros bravos en siete minutos la orilla opuesta. Un grito atronador de ¡viva España,! salió de los nobles pechos de Mendiguren, Presilla y Gomez, primeros que la ganaron cortando las aguas no obstante su impetuosa corriente, y ese eco que ensanchó nuestros corazones ansiosos al verlos surcar las aguas, fué repetido con entusiasmo por toda la columna.

La bandera de los insurrectos que se hallaba en su cuartel sito en lo alto del pueblo, incendiado ya por una granada, fué desarbolada intrépidamente por el abanderado de voluntarios de Matanzas D. Pablo Landa y colocada en su lugar la Española; entusiasta hecho, que fué llevado á cabo hallándose todavía desnudo este oficial en medio de los atronadores aplausos de sus compañeros. Ni aun tiempo tuvo el enemigo de desarbolarla. Ya algunos cazadores de San Quintín y de los voluntarios habían pasado el río, cuando asomaron á una boca calle un grupo de insurrectos haciendo fuego; el General que en aquel momento los divisó, les dirigió una gra-

nada tan á tiempo que no osaron hacer un disparo más.

Seguía Mendiguren, Gomez, Presilla y algunos soldados en la faena de atar un cabo para traerse la chalana, y después de haberlo conseguido, aunque con harto trabajo, volvieron á atravesar el río á nado arrastrándola en pos de sí.

Apenas se halló en nuestro poder vimos con sentimiento que se hallaba inutilizada y solo el ser de cedro, madera bastante ligera, era la causa de que flotase. Reconocida inmediatamente por el Comandante de ingenieros declaró este Sr. que podía sin peligro embarcarse fuerza en ella, con tal que no pasasen de veinte hombres, puesto que flotaría con este peso como una balsa.

Pasó en vista de esto en diferentes veces toda la vanguardia, tomando posición es en el pueblo y á las cinco de la tarde pasó S. E. con su cuartel general.

Después de situadas las avanzadas en los puntos más convenientes dispuso que toda la fuerza posible se dedicase á sacar efectos y cortar el fuego en las diez ó doce casas incendiadas por las granadas, lo que gracias á la actividad y arrojo de su ayudante Carreras y del Alférez Ceballos á quienes S. E. comisionó, se logró aislarlo pero no salvar las casas ya incendiadas, por ser estas la mayor parte de guano y tabla.

Era de noche y S. E. se hallaba en el alojamiento que había elegido, única casa que no había sido abando-

nada por su propietario, perteneciente á un peninsular.

Entre jovial y lleno de satisfaccion le vimos sacar del bolsillo un papel, y prepararse para leerlo.

—¿Recuerdan Vds. nos dijo, un papel cerrado que me entregó un oficial y que habia encontrado en las inmediaciones de Cauto del Paso, puesto en una talanquera?

—Si Sr. le respondimos.

—Pues bien, oigan Vds. su contenido, nos replicó.

Comenzó á leer S. E. y nos causó risa al par que indignacion el contenido de tal papelucho.

Sin embargo de ser anónimo parecia escrito por uno de los principales corifeos de la revolucion y su contenido eran otras tantas y necias bravatas y suposiciones falsas.

La curiosidad me hizo tomar de él algunas palabras y creo son oportunas y dignas de insertarse en este momento.

Acababamos de pasar el rio Cauto, como suele decirse su última trinchera, y dos horas ántes se atrevió el enemigo á hablar á S. E. en los siguientes términos.

«Y si V. persiste en el tenaz empeño de pasar el rio, avanzar y penetrar en el templo de nuestra libertad, esperamos confiando en nuestras fuerzas y en nuestro valor que llevará V. el castigo de su loco propósito, pues hay «diez mil Cubanos» que están dispuestos, á derramar hasta la última gota de sangre ántes que tal cosa suceda»

Este era señores su language, ha-

ce tres horas nos dijo el General, y creo que no hemos tardado mucho tiempo en contestar á tan interesante aviso.

Comenzaron las conversaciones generales entre todos los Jefes y oficiales y entónces me acordé mas de una vez de las escenas ocurridas en Cauto del Paso el dia anterior.

Ya todos se regocijaban batiendo las manos llenos de contento: todos elogiaban y prodigaban los mas lisonjeros epítetos al General, diciendo ébrios de satisfaccion que irian con él al cabo del mundo.

Ya tenemos á Bayamo, dijo entre otras cosas el General, el enemigo queda desde hoy reducido á la desbandada y consagrado á vivir sobre el pais, no como hasta aquí vino sucediendo, sino con mas cinismo y descaro.

«Llegarémos á Bayamo, nos dijo, sin disparar un tiro, y en él no encontraremos acaso mas que las cenizas calientes de una ciudad pacífica, de un pueblo que en otras épocas era feliz porque vivia de su laboriosidad y que hoy sirviendo de teatro á tan escandalosa tragedia, se avergonzó de su existencia y cual la Sodoma y Gomorra de que nos habla la Escritura, tendrá que sufrir el castigo de sus crímenes y lavarlos con fuego.»

Me estremecí al oir espresar al General poco mas ó ménos en estos términos y sin embargo que tenia una ciega fé en sus observaciones, me horrorizaba ante la multitud de ideas que cruzáron por mi imaginacion.

La comedia inaugurada con sangre en los campos de la Demajagua, seguía próxima ya á su desenlace: en ella habia visto muchas decoraciones, pero todas variadas en sus diferentes horrores á lo vivo.

Las acciones de Rompe, el Salado y Saladillo, Cauto el Paso y Cauto el embarcadero, se hallan aun gravadas en mi imaginacion como si me encontrara en ellas: me parece contemplar humeantes las casas incendiadas por nuestros enemigos: escuchar las blasfemias del padre que él vé privado de su hogar y su reposo: los gritos de la madre que estrecha sobre su corazon el fruto de su amor y sus desvelos para ponerlo á salvo del voraz elemento: se presentan ante mi vista cuadros de desolacion horrorosos, sobre los que, siquiera sea por un instante voy á echar un velo que descubriré, aunque á mi pesar mas tarde.

Hablarémos ahora de las operaciones.

La toma de Cauto el embarcadero, será una de las páginas mas gloriosas de la Historia Militar del Conde de Valmaseda, y todas las personas entendidas en el arte de la guerra, tributarán á esta hábil operacion los aplausos que se merece.

Con su notable inventiva dió al enemigo el golpe fatal que lo desconcertó, le permitió reunir el grueso de sus fuerzas en Cauto el Paso, resarcirse en cuanto le fué dable de las pérdidas sufridas en la accion del Saladillo, allegar nuevos medios de defensa y hostilidad en aquel punto,

hasta el término de envalentonarse del modo que Vds. habrán visto en su anónimo y al llegar el momento de operar vino á decirle.

—Tu dices que no pasaré el Cauto.

—Tu dices que hay diez mil defensores de esa cacareada y mal entendida libertad con que escudas tus crímenes.

—Tu tienes preparadas tus trincheras, abiertos tus fosos, dispuestas tus emboscadas por si puedes asesinar vilmente mis soldados, pero no lo lograrás: yo pasaré el Cauto, tomaré á Bayamo é iré á donde debo ir con mi columna.

Como he corrido cincuenta leguas con mis soldados sin alimentos, ni víveres, atravesaré si es menester y la causa del orden lo exige la Isla entera, desde la punta de Maisí al cabo de San Antonio.

Estos poco mas ó menos, deberán haber sido los pensamientos del General en Cauto el Paso, teniamos ademas muchos heridos de las acciones anteriores que venian conducidos en camillas al hombro, y la parada tan oportuna que la columna hizo en este punto, sirvió ademas de engañar al enemigo, para descanso de aquellos infelices y del resto de las tropas.

Llegamos á Cauto el embarcadero y cuando el enemigo vino á percibirse de la operacion le llevábamos más de dos horas de ventaja.

Por mas que hizo esfuerzos desesperados por llegar á tiempo, solo alcanzó llegar en el momento que nuestros soldados habian tomado posesion

de la orilla opuesta, en el instante en que acababa de ser humillada su bandera de rebelion y tremolaba, en lo que una hora ántes era su Cuartel General, el pabellon español.

Llegó sí; pero los batallones de Bailen y España con dos piezas de artilleria que ocupaban el ala izquierda de la orilla del rio que se hallaba frente al cañaveral, le hicieron tan oportunamente los honores, que si en el Saladillo se habian desbandado una vez, en Cauto el embarcadero se dispersáron de un modo tal, que se esparció entre ellos el terror pánico que dió los resultados que Vds. verán mas adelante y que no espongo ahora por no anticipar los sucesos.

Tenemos á Cauto el embarcadero en nuestro poder. Cauto es la senda que nos abre las puertas de Bayamo, de ese pueblo que los insurrectos eligieron por teatro de sus aberraciones y que enfáticamente apellidaban templo de la libertad, de esa palabra con que han sorprendido la cándida sencillez de los pacíficos habitantes de esa jurisdiccion haciéndolos cómplices de sus crímenes y arrastrándolos en pos de sí.

Permanecemos en Cauto un dia mas, con objeto de que durante él pudiera pasar el resto de la columna que habia pernoctado en la orilla opuesta.

Así se efectuó: pasó el resto de la artilleria, la caballeria y las acémilas. El mal estado de la chalana que como he dicho habia sido echada á pique por los enemigos no permitia ha-

cer con la prisa que hubiéramos deseado el desembarque, sin embargo de las acertadas disposiciones del Sr. Coronel Loño que dirigia la operacion.

Llegó la tarde del 13 de Enero. Acababan de pasar las últimas acémilas y solo se hallaba en la orilla opuesta el batallon de Bailen. No podia desembarcar todo el batallon por falta de tiempo y el General no consideró prudente aislarlo, así es que ordenó verificase el paso al amanecer del dia siguiente.

Serian las cinco de la tarde de este dia, cuando un cabo y dos soldados de una avanzada, trajeron á presencia del General, un paisano que con bandera blanca venia hácia ellos.

Interrogado por el General supimos era un tal Alvarez dueño del Comercio «la isla de Cuba» de Bayamo que solo, á pié y espuesto á mil peligros, habia venido por entre bosques á buscar amparo en las tropas españolas.

Por él supimos el colmo de las infamias llevadas á cabo por los insurrectos.

¡Habian incendiado, robado y saqueado á Bayamo!

Si cerrando los ojos pudiera uno borrar de la imaginacion el sin número de horrores que estas palabras encierran en si, seguramente lo haríamos, pero no es posible.

Despues de la toma de Cauto el Embarcadero, vista su impotencia y el ridículo, á la par que la vergüenza en que se encontraban, teniendo que

huir ante los valientes soldados que venian á devolver la tranquilidad á estos infelices habitantes, y á castigar sus crímenes y osadia, para que la comedia se convirtiese en tragedia, para fallar ellos mismos su propia sentencia, (1) para dejar reducidas á la mas deplorable miseria á mil infelices familias, para saciar por último sus instintos de avaricia y realizar las aspiraciones con que á la capa de una injusta bandera política habian alzado el estandarte de la rebelion, se arancaron la hipócrita máscara con que ocultaban sus instintos, y reunidos todos los que en su despreciable papelucho calificaban las tropas á las órdenes del Conde Valmaseda de «horda de foragidos españoles» acordaron sin avisar mas que al comercio para que abandonase sus casas sin permitirles tomar de ellas ni una muda de ropa, incendiar todo el pueblo, y antes de incendiar, robar y saquear todas las casas de comercio y las que tenian efectos de algun valor.

Seguramente no sorprendió al General este desenlace y hasta me atre-

(1) Una prueba de ello fué el siguiente documento que vió la luz en uno de los últimos números del *Cubano libre*.

BANDO. — Artículo primero: Todo el que sirva de espía ó práctico á los soldados de la tiranía: así como los que facilitaren cualquier clase de recursos, serán juzgados por un Consejo de guerra verbal y ejecutados militarmente:

Artículo segundo: Serán juzgados y castigados en la misma forma los soldados y gefes de las fuerzas republicanas que faltando á su sagrada mision, incendiaran, robaren ó esafaren á los Ciudadanos pacíficos: así como los que se introdujeren en las fincas ya sea para sublevar ó ya para extraer sus dotaciones de esclavos.

—*Cárlos Manuel de Céspedes.*

vo á asegurar que lo habia previsto.

¿Qué le importaba á Céspedes, Aguilera, Figueredo, Tamayo, Marciano, Modesto Diaz y otros el incendio del pueblo?

¿Tenian algo que perder en él?

Esta pregunta me pone en el compromiso de describir por mas que sea á grandes rasgos, á los principales autores de tan inconcebible infamia.

Todos ellos á escepcion de los dominicanos Diaz y Marciano eran hacendados sin crédito ni reputacion.

Disipados los bienes que habian heredado de sus padres, entre la crápula y la orgía, faltos de recursos para continuar la cenagosa senda de vicios sobre que caminaban, sin crédito para adquirir nuevas deudas sobre sus despilfarrados bienes que malamente llamaban suyos, y deseando los Dominicanos medrar á costa del pais que tan hospitalariamente les habia abierto sus puertas y del gobierno que tan generosamente les satisfacía un sueldo, concibieron en mal hora el pensamiento de alzarse contra el gobierno, sin más idea creencia ni aspiracion, que la de medrar á costa de los afanes y laboriosidad de muchos años de estos pacíficos habitantes; se lanzaron al campo con unos cuantos adictos de su calaña, y dando principio á la insurreccion atacando la propiedad, las dotaciones de las fincas, á las que halagaban con falsas promesas de libertad, comenzaron á ejercer sus vandálicos actos, obligando á tomar las armas á los campesinos que se ocupaban en utili-

zar con el sudor de sus frentes la feracidad de los campos.

¿Qué les importaba á ellos que Bayamo su patria se quemase, que ardiesen las casas que los habian visto nacer, y pudiesen en la quema la fortuna y el porvenir de tantas victimas, si ellos no tienen amor á su patria, si esas casas no eran suyas, y si no anhelaban otra cosa que este terrible momento, para saciar su rapiña, y alcanzar el botin que se habian propuesto por mas que este botin lo formasen los vasos sagrados de las Iglesias, los joyas y halajas de las señoras y el dinero y efectos de las casas de comercio?

Por mas que Alvarez nos pintaba con las mas negras tintos los horrores de la quema, no la queriamos creer.

Le hacíamos mil curiosas preguntas y al oír su respuesta el hombre de alma mas dura, el hombre de sentimientos mas perversos tenian que erizársele los cabellos.

El General se habia quedado meditando y todos respetábamos su silencio. La nobleza de su alma sufría una terrible conmoción ante tan horrendos crímenes cometidos en su misma patria en perjuicio de los intereses de sus conciudadanos por hombres faltos de fé, de religion y de creencias.

Cierta era su exclamación de ¡tomamos á Bayamo! al desembarcar en Cauto.

Sin embargo de la exactitud que parecia dar en sus noticias el indica-

do comerciante, su prudencia no le aconsejó darle entero crédito.

Dispuso la marcha, y al dia siguiente.

14 DE ENERO. — Despues de haber desembarcado el Batallon de Bailen á la madrugada, emprendió la marcha la columna en la forma que siempre, desplegado el flanco á ambos costados como si tuviéramos la certeza de encontrar enemigos. Era el camino demasiado llano, y ya no habia enemigos que pudieran atacarnos.

Desde Cauto el embarcadero á Bayamo hay seis leguas, jornada demasiado larga para nuestros héroes; así es que el General acordó pernoctar en el ingenio «Las Mangas» de la propiedad de D. Pedro Figueredo uno de los insurrectos que mas se señalaron, y titulado General Jefe de E. M. de ellos.

Una hora ántes de llegar á la finca vimos venir con bandera blanca hácia nosotros un paisano en solicitud de conferenciar con el General: lo llevamos á su presencia, y luego supimos que el objeto de su salida era comunicarle que en el ingenio «Las Mangas» que aparecia como de Don Pedro Figueredo, se encontraba el súbdito inglés Mister Kengh, cuyo señor era el administrador y maquinista de la finca.

Esponiéndose á la ira de los insurrectos habia cobijado y abrigado en su casa nuestros prisioneros, médicos del cuerpo de Sd. Mr. señores Soler é Izquierdo, y segun manifestación del

mayoral de la finca, toda la recompensa á que aspiraba el ingles por sus filantrópicos sentimientos era la de que los citados médicos se incorporasen á la columna, en silencio sin que nuestros enemigos lo supiesen para evitar las venganzas que con este motivo podrian ejercer con él.

Este hecho agradó en extremo al General: llegamos á las tres al mencionado ingenio en el momento en que algunos de los rebeldes diseminados, hollando el pabellon ingles que tenia enarbolado en lo alto de la casa de calderas de la finca, trataban de arrebatarlo del seno de su familia y llevárselo preso.

Al divisar las tropas españolas no pensaron mas que en huir, y á ellas debió su salvacion.

Con gran agasajo fuimos recibidos por él y las dos señoras de su familia que eran su esposa Doña Josefa Romagosa y su cuñada la señorita Doña Mariana Romagosa: se constituyeron desde aquel momento en enfermeras y no se dedicaron mas que á facilitar toda clase de asistencia á los héroes con ese cariño y esa afabilidad tan peculiar en la mujer.

No obstante pertenecer la finca á uno de los mas exaltados rebeldes, el General no permitió se tomase de ella objeto alguno sin que fuese pagado á dinero por nuestros soldados, quedando una vez mas desmentidos los embustes que circulaban con idea de sacar partido de los ignorantes.

Al anochecer, el ingles no considerándose en su finca á cubierto de los

abusos y tropelías que con toda clase de personas cometian los rebeldes, rogó al General le permitiese retirarse con su familia, puesto que segun habia visto, estos ni aun su nacionalidad respetaban, á lo que accedió gustoso el General, manifestándole que su mision era pacificar la Isla y prestar toda clase de auxilios á las personas honradas amantes del orden. A las ocho de la noche se reunieron los dos prisioneros fugitivos con sus compañeros. Por estos he sabido muchas infamias que diré á Vds. mas adelante.

Al dia siguiente.

15 DE ENERO. — Salimos á las siete de la mañana del ingenio «Las Mangas.»

Desde el primer momento comenzamos á divisar columnas de humo que parecian querer nublar el hermoso sol de ese dia.

¡No nos quedó duda alguna de lo contado por Alvarez en Cauto el embarcadero! ¡Bayamo estaba ardiendo aun!

Quisiera tener la pluma de Alfonso Kark ó Victor Hugo para describir las escenas que desde este instante tuvieron lugar, para trasladar al papel cuadros de desolacion horrorosos é inconcebibles, contados por las víctimas del incendio.

Hace dos dias me encuentro en Bayamo, en la casa que me cobija para escribir estas líneas, siento aun rechinar sus paredes: doquiera que dirijo la vista hallo las huellas del fuego destructor.

Eran las dos de la tarde: el hermo-

so y esplendente sol de un día de Enero parecía aumentar su luz y sus reflejos para dar un aspecto mas sombrío, mejor dicho, para iluminar mejor las ruinas de un pueblo donde se concibieron y ejecutaron tantos crímenes. La columna á las órdenes del General Conde de Valmaseda se hallaba atravesando el río. Ya la vanguardia lo habia verificado cuando sentimos cuatro disparos hechos de una altura sobre la fuerza que bajaba el barranco que conduce al paso; pero sin embargo de que fueron contestados por los flanqueadores no dimos importancia alguna á este suceso, pues no se nos ocultaba el estado del enemigo.

Seguimos avanzando pausadamente: el primer edificio que encontramos tenia bandera blanca; era el hospital: bajo los portales de este se hallaban varios enfermos y heridos elevando las manos al cielo, ahogados por el llanto, pero que si sus labios no podían expresar una sola palabra, seguramente su corazón consagraba en aquel momento todos sus latidos al Ser Supremo que les habia salvado la vida en medio de la desolacion y horrores en que se habian encontrado.

Era una escena tierna á la par que desgarradora; las lágrimas de los heridos y enfermos se confundian con los abrazos de nuestros soldados que habian encontrado entre ellos algunos compañeros: en varias camas postrados habia algunos esperando con ansiedad nuestra visita, que

no se hizo esperar; entraron las tropas en el hospital, y abrazaron estrechando sobre su corazón á aquellos infelices víctimas en su mayor parte ó de su desgracia ó de su lealtad á la patria. Agua pedian algunos de ellos abrasados por la sed y agua les daban los nuestros con afectuoso cariño.

Nos hallábamos á la entrada del pueblo: el General dispuso quedase allí una guardia y el celoso y entendido médico D. Alejandro Teixidó, ordenando lo oportuno para el cuidado de los enfermos.

Seguimos caminando lentamente, las casas incendiadas, las paredes hêndidas y las maderas aun humeantes poco menos que nos asfixiaban; caminábamos sobre brasas sin que se crea hipérbole, y algunas veces les aseguro á Vds. era menester apartar las vigas y horcones encendidos para poder facilitarnos paso por en medio de las calles.

Aun habia algunas casas que eran presa de las llamas, en cambio la mayor parte ofrecian tan solo las cenizas aun calientes del incendio ó los ruinosos escombros del desplome.

Seguimos avanzando lentamente: un silencio sepulcral cerraba los labios de todo el mundo: todos pensábamos.... ¡Quién es capaz de adivinar en este momento lo que cada uno pensaba!

Todos contemplábamos las puertas de las casas en el suelo forzadas, reventados sus goznes y abiertas á hachazos.

Doquier veiamos los restos del de-

sórden y del pillaje cometido á última hora.

¿Qué se habrá hecho nos decíamos unos á otros de las dos mil familias que habitaban este pueblo?

¿A donde están los enfermos, los ancianos y los niños?

Horror causa la respuesta, pero es la pura verdad.

Los enfermos y ancianos perecieron entre los escombros de las casas: los niños si no tuvieron una madre ó un hermano que los cargase en sus brazos habrán corrido igual suerte.

Entre estos y otros pensamientos llegamos á la plaza de armas: su letrero habia sido sustituido, se llamaba «plaza de la revolucion».....

Mejor calificativo hubiera sido el de «plaza del desórden» ¡Se habian cometido tantos en ella!

Alli habian jurado los incautos esa bandera que servia de escudo á los rebeldes para estafar forzosamente á todo el mundo so pretexto de la revolucion.

Alli se habian quemado todos los documentos particulares de la propiedad urbana y territorial: alli en grotesco festin habian arrojado y abrasado la bandera española, el pabellon con que nacieron y se criaron sus padres, la divisa que les sirvió de lema para repeler con pátrio entusiasmo las invasiones filibusteras.

En la plaza de armas en fin se cometieron toda clase de escenas y desórdenes. Alli contemplámos abrasada la casa de gobierno y esparcidos aun

por el suelo infinidad de documentos importantes, para la prosperidad pública en toda la jurisdiccion. Toda ella presentaba un aspecto sombrío: no habia ni una casa que no hubiese sido presa y consumida de las llamas.

Solo la cárcel habia quedado intacta, pero fué porque en ella tuvieron hasta última hora nuestros prisioneros y porque es un edificio sólido y casi aislado.

No pude detenerme mas tiempo: tenia una impaciencia febril por apearme del caballo y queria hacerlo sin llamar la atencion del General que todo lo vé.

Por fin me apeé y mi primera idea, fué arrojar me á una casa incendiada aun y hacer presa en todos los papeles regados y esparcidos por el suelo.

Periódicos, cartas, documentos de todas especies formaban un rico botin: y digo rico porque para mi valen un tesoro todos esos documentos.

De uña en otra recorria varias casas sin abrigar el recelo de ser aplastado por una viga y mi deseo en todas era recoger el mayor número de papeles posible: cada uno tiene su capricho y ese era el mio. Tuvo tiempo de posesionarse toda la columna del pueblo, y entónces dispuso el General fuésemos á acampar á la altura en que se halla la ruinosa torre de Zaragoza por considerar este punto mas estratégico y mas saludable para la guarnicion.

El sitio no puede ser mas pintoresco y despues que se hallen terminadas las obras que creo van á emprender

en él tendré oportunidad de describirlo á Vds.

Luego que se señaló á cada batallón el terreno que debía ocupar y que ví se hallaba alejado el General, me consideré feliz y me entregué á mis cotidianos pensamientos.

Habíamos tomado á Bayamo, la capital de la imaginaria república de los insurrectos: doquiera que osaron presentarse á nuestros enemigos, allí fueronderrotados por nuestras tropas.

¡Cincuenta y dos leguas de marcha!

No faltará quien se atreva, ignorante de los sucesos, á criticar esa operación.

Cualquiera dirá «por Manzanillo, por Santa Cruz, por el Guamo podría llegar á Bayamo y tomarlo sin necesidad de sufrir las privaciones que ha venido experimentando la columna en 52 leguas de bosques y trincheras.»

Desde luego que hubiéramos tomado á Bayamo; pero el Conde de Valmaseda que concibe en el bufete lo que há de ejecutar sobre el campo de batalla tenía un vastísimo plan de operaciones. Si, como acaso no faltará alguno que suponga, cayese por el punto mas cerca sobre Bayamo, no tenía importancia ninguna esta operación militar; la toma de un pueblo es asunto suficiente á cualquier Jefe de columna.

El recorrer 52 leguas obstruidas por lo enemigos, sin alimentos ni recursos de ninguna especie el derrotarlos siempre que se presentan, desmentir con nobles procederes sus

embustes y levantar el decaído espíritu moral de los pueblos es misión para un General como el que hemos tenido la honra de obedecer.

Si la idea del General hubiese sido solo tomar á Bayamo, seguramente que en Nuevitas hubiéramos hecho rumbo á otra parte, pero sin buques para ello, con un bastísimo plan de operaciones sometido á la resolución del Capitan General y aun creo que aceptado por él, seguimos el único camino que teníamos abierto.

Ignorante de las tropas que llegaban de la Península y en la suposición de que á estas se les daba el destino que habia propuesto el Conde, su mando, no obstante tener el nombramiento de Comandante General de todas las fuerzas en operaciones, se redujo á una columna de la que sacó el partido que le fué dable.

Con ella se paseó por todas partes, batiendo y derrotando al enemigo cuando lo juzgó oportuno, consiguió por si solo, lo que me atrevo á suponer estaba acordado aconteciese con otras columnas en combinacion.

Ala fecha en que escribo estas líneas ignoro aun lo que estas columnas habrán hecho, pero en mí calidad de fiel narrador de los sucesos no quiero silenciar esta parte tan importante de ellos.

¡Dónde están esos diez mil defensores de la libertad que con tanto descaro nos querian oponer en nuestra marcha? ¡Eran imaginarios ó reales?

«En cada árbol, tras de cada mata encontrarán un bravo soldado de la

república Cubana, que peleará hasta perder su última gota de sangre.»

Estas al pié de la letra eran las palabras con que en su papelucho el «Cubano» tranquilizaban á los que sin embargo de sus necias bravatas conocian que el Conde de Valmaseda avanzaba, que no se habia detenido un solo dia y que por las señales de su paso demostraba entrar en breve en el «templo de la libertad.»

Yo á la verdad señores no me atrevo á decir si ese fabuloso número con que nos amenazaban y contentaban á los temerosos, era ó no real.

Si se tienen en cuenta los negros arrebatados á viva fuerza de los cafetales de Cuba y de los que debieron su libertad al célebre Chicho Valdes (1) acaso pudiera elevarse hasta esa cifra.

Y estos eran los celebérrimos defensores de Cuba libre!

Estos los que debian derramar hasta la última gota de su sangre!

Los que querian hacer frente á nuestros bravos soldados que desempeñaban la noble mision de pacificar el pais y devolverle á costa de su sangre la tranquilidad que le habian arrebatado!

Parece mentira que su descaro y cinismo llegase hasta ese extremo.

Pero necesito coordinar mis ideas.

Se aglomeran á mi imaginacion

(1) Este *personaje* de la Revolucion que «el Cubano» califica de eminente orador, es hermano del que desempeñaba por su elevada inteligencia en Pto. Principe el destino de encender los faroles del alumbrado público.

tantos pensamientos que yo mismo me confundo.

Las cenizas de Bayamo.

Nuestros prisioneros.

El robo y saqueo cometido por los insurrectos ántes de la Guerra.

Las infames proposiciones hechas por estos al Comercio.

La comision de Sras. que se presentó á los autores de tan horrible atentado contra las propiedades y vidas de sus concijudadanos.

Todos estos pormenores necesito describirlos y voy á hacerlo con los mayores detalles posibles.

Luego que llegué á Bayamo y pude aislarme coordiné cuantos papeles y periódicos pude haber á mano y estos unidos á las relaciones que me han hecho los Sres. Soler é Izquierdo, pudieron hacerme formar juicio y redactarlo en la forma siguiente.

Despues de la capitulacion y entrega de la plaza hecha por el Teniente Gobernador D. Julian Udaeta, (1) quedaron prisioneros todos los Gefes y Oficiales que estaban de guarnicion así como los 120 individuos de tropa que se batieron y sostuvieron cuanto fué posible á las órdenes de los Comandantes Mediavilla y Novel; y tambien el bizarro Comandante de Cuba Sr. Guajardo que en una carga dada á los insurrectos les hizo 150 bajas, y se retiró al cuartel, despues de recibir dos grandes heridas.

(1) No me estiendo acerca de ella por ser asunto que se encuentra sometido á la accion de los Tribunales, y en su dia recaerá el fallo que la justicia diere contra este Jefe.

El teniente de la propia arma Sr. Mateos tambien dió una brillante carga sobre ellos en la que les hizo mas de cien bajas.

Inmediatamente fueron cargados de grillos y esposas como si estos nobles defensores del pabellon que habian jurado, fuesen infames criminales de esos cuya existencia es una gangrena para la sociedad en que habitan.

La poblacion entónces forzada por los 6000 hombres de que se componia el titulado ejército libertador á las órdenes de Carlos Manuel Céspedes, de Marcano, Figueredo, Maceo y otros se entregó á toda clase de desórdenes.

Quemaron en pública algazara cuantos papeles existian en las oficinas, se apoderaron de las existencias metálicas que habia en la caja de la administracion de Hacienda: del par que donde se hallaba depositado el armamento de las estinguidas Milicias de Cuba y Bayamo, y envalentonados con su triunfo proclamaron la República é Independencia de Cuba.

Satisficieron su ambicion á capricho. Carlos Manuel se nombró presidente: se hicieron los generales, brigadieres y gefes á docenas y cada cual se la tomaba á su gusto.

Triste manera por cierto de hacer la felicidad de su pais!

Los que proclamaban el orden y el respecto á la propiedad no titubearon en convertir una ciudad modelo de tranquilidad en centro del desórden

mas calumitoso, y en robar publicamente á personas de todos matices.

Los que se quejaban de las contribuciones que es probable adeuden todavia al Estado, tampoco encontraron dificultad en imponer contribuciones forzosas para sostener su pretendido Gobierno, contribuciones sobre un capital que tenian dispuesto hacer suyo á última hora.

Y los que clamaron contra los muchos Generales y empleados que España sostenia, no dudaron en nombrar un Estado Mayor General para un Ejército fabuloso y empleados cuyos destinos llenos de pomposos títulos no existian sino en su calenturienta imaginacion (1)

Entre los himnos patrióticos y los vivas á Cuba libre, vivian en el desórden mas completo, en la anarquia mas terrible que puede imaginarse.

Llenos todos de ambicion, cada dia un Gobernador, cada dia un nuevo General del ejército que ellós denominaban libertador. Así permanecieron haciendo su soberana voluntad.

Los prisioneros interin cargados de grillos fueron destinados á trabajos forzados en las fincas de los mas exaltados, y ni aun les permitian ser visitados por sus esposas é hijos.

(1) Una prueba de ello es la comunicacion que ha visto la luz no hace mucho tiempo dirigida al ciudadano proveedor de vestuario y calzado del Ejército libertador pidiendo varios efectos, á lo que este funcionario contestó despues de muchos informes y toma de razon en imaginarias oficinas, estas ó parecidas frases se tendrá presente cuando haya ropa y zapatos.»

El periódico «el Cubano libre» ese papelucho inmundo que tanto daño causó con sus embustes y falsedades, circulaba gratis por todas partes, se hacia obligatoria su lectura, y en él se escribian cuantas infamias pueden sugerir la bajeza de sus redactores, que atribuyendo al gobierno, á sus delegados y á las tropas españolas cuantas infamias eran ellos capaces de cometer, sorprendian la buena fé, llevaban el disgusto y el terror al seno de las familias único modo de hacerse prosélitos. Tal era la idea de Cuba que querian representar.

¡La idea de Cuba!

Era de todo punto imposible, que las atrevidas ambiciones de tanto campeón de la libertad, fuesen la idea de Cuba.

Malos representantes de ella habia elegido entónces.

Los habitantes de la isla de Cuba, son demasiado sensatos para amparar los pensamientos de los ingratos hijos que trataban de aniquilarla y reducirla á la miseria como ha sucedido en esta jurisdiccion. Son muchos los intereses de España que existen en ella para ser destruidos y aniquilados por la ambicion de un puñado de revoltosos.

Si la libertad bien entendida es la facultad que se disfruta en los pueblos bien gobernados, de hacer y decir cuanto no se oponga á las leyes sociales y naturales, ni á las buenas costumbres estoy conforme con ella, pero la libertad como la pretendian los corifeos de la revolucion, era la

desenfrenada contravencion á las leyes y buenas costumbres, la facultad de obrar cada cual segun le parecia siguiendo los instintos de sus vicios, atropellando por cima de todas las consideraciones sociales para saciar su ambicion; esta no es libertad; esta es libertinaje y degradacion.

En él estuvo sumida la desgraciada ciudad de Bayamo interin se encontró en poder de los insurgentes, mientras el Conde de Valmaseda no les dió el último golpe.

Pintando victorias y las continuadas y terribles derrotas que sufriamos tenian entretenidos á estos habitantes, llegando su cinismo y osadia hasta el extremo de celebrar fiestas en loor de la accion que iban á ganar. (1)

Asi permanecieron tres meses arrebatando los brazos que fertilizaban este suelo para construir trincheras, que la columna del General Villate tomaba á la bayoneta poniendo en precipitada fuga á sus cobardes defensores.

Cuando llegaron á esta las 17 carretas que traian los heridos que les hicimos en la accion del Saladillo, comenzaron á ver claro: cuando el pueblo supo que habia quedado muerta sobre el campo de batalla la mitad de la fuerza con que Marcano venia insolente á estorbarnos el paso del rio, se le cayó la venda de los ojos.

(1) En un chistoso telegrama inserto en «el Cubano» pedian al *Presidente* á músicos para celebrar la derrota de la columna de Quirós que decian tener sitiada..... ¡Que palos nos dieron.....!

Entonces los cabecillas sacaron sus familias y muebles de la poblacion «por si acaso..... y empezaron las bravatas de que en el paso del rio Cauto pereceria toda la columna de Valmaseda: «diez mil Cubanos esterminarán á los foragidos españoles que vienen, que osan acercarse al sacrosanto templo de nuestra revolucion.» Estas y otras sacrilegas y necias bravatas eran las que partian de sus labios.

Un nuevo y terrible desengaño.

—«Las tropas de Valmaseda que todo lo pueden, que todo lo allanan, que todo lo vencen, han pasado el Cauto, han destrozado y puesto en completa dispersion las tropas revolucionarias.

Daba horror tantas granadas tan bien apuntadas: no era posible detenerlos al cortar atrevidos á nado las aguas del Cauto, al arrebatarnos en cueros nuestro pabellon, y hacer ondear en el sitio que este ocupaba la bandera española: ¡somos perdidos!

¡Que vienen ya!

¡Que pasan á cuchillo y arrasan cuanto encuentran!

Estas eran las frases con que los defensores de la independencia Cubana llegaron á Bayamo á las tres horas de tomado por nuestros valientes, Cauto el Embarcadero.

El 12 de Enero á las dos y media de la tarde se habia tomado el Cauto, á las seis todo era terror en Bayamo.

Valmaseda se hallaba á sus puertas, venia en nombre de las leyes, en nombre de la justicia y de los habi-

tantes de la isla de Cuba á castigar tantos crímenes! ¡tantas maldades! ¡tantas infamias!

¡Y qué hacer? ¡Dónde refugiarse?

¡Quién osaria detener su marcha?

Si en el Desmayo, Rompe, Dolores, Cauto el paso y Cauto el Embarcadero, fuerzas triples posesionadas de los bosques y trincheras no habian alcanzado mas que derrotas y contratiempos, si sus trincheras y redientes, fosos y parapetos no habian entorpecido un solo dia el paso de la columna, ¡quién seria el osado que se presentaria frente á frente en la llanura que separa el Cauto del Bayamo, ante los atrevidos soldados que pisan el monte virgen y lo cruzan como si fuera un salon, y atraviesan los rios armados de su carabina, como entendidos bnsos que doquiera que haya pesca se arrojan al fondo del mar?

Nadie: la revolucion estaba pues concluida: la última granada apuntada personalmente por el Conde de Valmaseda en Cauto el Embarcadero resonaba dolorosamente en sus oidos quitándoles toda esperanza, y sus ecos retumbaban gloriosos en todas partes anunciando el esterminio de la revolucion, su aniquilamiento, su juicio final.....

Faltaban aun muchos crímenes que consumir, muchas victimas que inmolar, faltaba el último borron sobre la púrpura ensangrentada con que los sacerdotes debian sacrificar su ídolo.

Reunidos todos en junta acordaron saquear, robar é incendiar el pueblo,

cuya medida llevarian á cabo si el comercio no les daba quinientos mil pesos.....

Se resistió el comercio á este terrible acto de vandalismo y llegó á ofrecerles hasta cien mil pesos.

¡Era poca cantidad para saciar la avaricia de tantos ladrones! (ya puede dárselos á las claras este nombre.)

A las 3 de la mañana siguiente.

13 DE ENERO, 1869. — Hicieron al comercio abandonar sus casas sin permitirles sacar ni una muda de ropa, y conducidos entre bayonetas los llevaron al monte.

Entónces empezó la escena de horrores y de crímenes de que quisiera no tener que ocuparme.

Se resiste la pluma á describirlos: no hallo frases en mi mente con que poder pintarlos, no encuentro imágenes suficientes para darle su verdadero colorido.....

Comenzó el robo: las carretas empezaban á salir cargadas de ricas telas, de valiosas prendas y muebles... los negros se acuchillaban por una alhaja, sus jefes registraban ávidos las cajas.

Continuaba el desórden: el pillaje, se estupraban las mujeres, se vejaba é insultaba á los ancianos..... cada cual habia elegido un teatro para la representacion de tan repugnantes cuadros.

Una comision compuesta de lo mas selecto de las señoras de la poblacion acude á gritos medio desnudas huyendo de los horrores del fuego á la casa de Gobierno: allí estaban Már-

mol, Maceo, Milanés y otros dirigiendo tanto esterminio, y tanta desolacion.

Lloran, gritan, se postran pidiendo con sus hijos en brazos no consumen su obra de desolacion, que roben pero que no incendien, que no violenten á las mujeres!

Era en vano: se habian desarrollado en ellos los verdaderos instintos con que dieron el grito de rebelion, se habian arrancado el antifaz con que cubrian sus atezados rostros y estos curtidos por las infames pasiones tanto tiempo reconcentradas, tanto tiempo contraidas, permanecian impasibles.

Pedian las mujeres salir en cabalgata con bandera blanca á pedir el perdon para todos al Conde de Valmaseda, ¡tampoco! Obteniendo el perdon no pueden realizar el saqueo, no pueden robar, violar, ni incendiar.

Me cuesta trabajo seguir adelante: á mis ojos se asoman las lágrimas: se representan en mi imaginacion las dolorosas á la par que conmovedoras escenas que han debido tener lugar al presentarse al General despues del incendio muchas madres descalzas y medio desnudas: muchos hijos yertos de frio, estenuados por la sed y el hambre, buscando en vano un abrigo en el seno de sus madres.....

El pueblo de Bayamo en la tarde del 13 ya era todo llamas..... las familias habian desaparecido, y cual silvestres fieras, cual el judío errante vagaban las que habian podido huir de las llamas, por los montes y bre-

ñas maldiciendo la hora en que habían venido al mundo los abortos de la naturaleza que renegaban de sus padres, que dejaban maldito el suelo por donde pasaban.

La obra estaba terminada. ¡La pretendida independenciam cubana quedó sepultada con sus inauditos crímenes y horrores entre las cenizas de Bayamo.....

4 DE FEBRERO, 1869. — Hace días tenía suspendido mi Diario y hoy voy á terminarlo.

El General no descansa un momento: con paternal solicitud recibe á todas horas las errantes familias, que vienen á ampararse de él á la vista de sus abrasados hogares.

Todos los días lágrimas y escenas conmovedoras. Cada familia es un cuadro doloroso..... cada padre un cúmulo de desgracias irremediables.

El, siempre benéfico, prodiga consuelos, á todos les facilita raciones y cuanta clase de auxilios tiene disponibles.

Se han presentado á indulto mas de dos mil campesinos que confiesan sus errores y deponen las armas, dedicándose nuevamente á las faenas que les eran comunes.

Salen diariamente fuerzas á recorrer la jurisdiccion y tranquilizar á sus asustados habitantes.

El día 3 fué sorprendido el General, en celebridad de su Santo, con la visita de 22 prisioneros que se hallaban en Jiguaní, entregados por los que los custodiaban que se acogieron á indulto; entre ellos se encuentran

los digno jefes Novel, Mediavilla y muchos oficiales.

Nuestras tropas rescataron infinidad de familias prisioneras, entre ellas la Sra. de Villares, Teniente Coronel de la Corona y otras.

Ha sido tambien rescatado por nuestros intrépidos soldados el valiente Comandante de Caballeria Señor Guajardo que se encuentra muy mejorado de su terrible cuchillada.

Portuondo con sus ingenieros no descansa un solo instante: bajo la direccion del General se ha construido un fuerte parapeto, se ha fortificado y restaurado la torre de Zarragoitia, se han hecho casas, barracones para la tropa y se generalizó el prurito de edificar, y nuestro campamento tiene un aspecto y una animacion tal que parece una plaza fuerte.

Se han ocupado por nuestras tropas las dos imprentas que habia en este pueblo, sorprendiéndolas en el monte donde estaban ocultas, y no obstante hallarse en un todo empasteladas, se montó la máquina bajo mi direccion, se arreglaron algunas cajas y ya se encuentra en estado de funcionar, ó mejor dicho la imprenta que sirvió á los insurrectos para propalar sus perversas doctrinas, sirve hoy para difundir la luz de la verdad y llevar la tranquilidad al ánimo de los temerosos.

Nadie descansa: todos desde el General hasta el mas mínimo soldado tienen una mision que desempeñar, un cometido que llenar y todos cumplen con él satisfactoriamente.

6 DE FEBRERO.—Dentro de breves horas debe llegar la columna del Coronel Velasco que ha salido para Cuba, dejando un destacamento en Jiguaní que tomó Mendiguren sin disparar un tiro á los dos días de encontrarnos en Bayamo.

A su regreso debe salir otra para Manzanillo á conducir mas de doscientas familias que se encuentran en esta sin albergue y piden se las pongan en un puerto de mar.

Esta columna debe llevar las páginas de mi «Diario» á la Habana, para ser impresas allí.

Siento no tengan otro mérito que el decir la verdad, pero tales cuales las he escrito y contraviniendo á Horacio en sus consejos voy á darlas á luz; si no son una obra de mérito literario son al ménos un fiel relato de todos los hechos de armas de nuestros soldados y este solo fué mi primer pensamiento.

7 DE FEBRERO.—Llegó la columna del coronel Velasco.

Mañana sale Loño á conducir las familias á Manzanillo.

Con dolor voy á cerrar las páginas de mi libro, le habia tomado cariño; me parece que sin él me va faltar algo, pero es menester terminarlo.

Inadvertidamente habré dejado, estoy seguro, de citar los nombres de muchos gefes, oficiales y tropa dignos de mencion por su comportamiento en las diferentes acciones y encuentros tenidos con el enemigo; pero no es posible recordarlos á todos y si fuese á citar nombres para elojiar, tendria

que cojer las listas de revista de la columna é insertarlas integras en mi Diario, pues todos sin distincion de ninguna especie creo que ribalizaron en el cumplimiento de su deber.

Los Jefes y oficiales del Cuartel General Sres. Portero, Lecomte, Bustillos y Gascon los he visto como á otros que he citado en los momentos del peligro, cruzar intrépidos por entre el fuego enemigo:

El Jefe de E. M. D. Valeriano Weyler y su hermano D. Fernando, niño de 15 años de edad y de una loable intrepidez siempre en la vanguardia desde el primer momento hasta el último, el primero cumpliendo con su reconocida inteligencia y pericia militar cuantas órdenes habia recibido del General durante el fuego, y el segundo comunicando con arrojo á todas partes cuántas recibia de su hermano.

El Comandante de E. M. Sr. Garrich el Coronel Don Eugenio Loño jefe de la 1ª media brigada y su Ayudante el Sr. Ormaechea secundando siempre con acertado tino cuantas disposiciones emanaban del General, ó les sugeria su buen criterio en los momentos de apuro y de peligro.

Los capitanes Mendiguren, Felipe Martines y Campoamor que marchaban siempre internados en los bosques flanqueando siempre por medio de su espesura, los oficiales de San Quintin Sres. Menendez, Cartagena Lopez y Gil, el de voluntarios Macias, el de España Menendez, Castro de

Bailen y otros cuyos nombres no recuerdo, tambien iban alternando en el penoso trabajo del flanqueo. Los jefes de los batallones que mandaban la vanguardia en los días de fuego, Sres. Campillo, De las Piñas (1), Cañizal, Quesada, Iglesias, todos, todos ribálizaron en arrojo é inteligencia para secundar las disposiciones del General.

Fáltame Sres. hablar de él pero mi tosca pluma es incapaz de escribir nada que sirva para formar juicio de sus operaciones.

A la vista están los resultados de ellas: á la vista están tantos sufrimientos y penalidades, tantas victorias y triunfos obtenidos moral y materialmente por él, con las bizarras tropas que manda, y la opinion pública

(1) Tuvimos el sentimiento de perderlo víctima de cólera fulminante en Bayamo.

que es el juez mas severo é imparcial que conozco será la que emita su fallo sobre ellas.

Todos los españoles é hijos del pais amantes del órden y capaces de comprender este inapreciable don, fuente de riqueza y prosperidad de todos los pueblos sabrán tejer la corona de laurel y oro que han de colocar en sus sienes.

La historia justa en sus apreciaciones sabrá ocupar una y cien páginas llenas de gloria, con los nombres y hechos de armas de los valientes é infatigables soldados que faltos de recursos y sufriendo toda clase de privaciones, han sabido agregar nuevos lauros á los conquistados por Pizarro y Cortés, dirigidos por el Ilustre general D. Blas de Villate Conde de Valmaseda, al que puede tributarse justamente el renombre de Pacificador de la isla de Cuba.»

